



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

37

MEDIZ

BC LI0

ALOCACIONES

PQ7297

.M44

E9

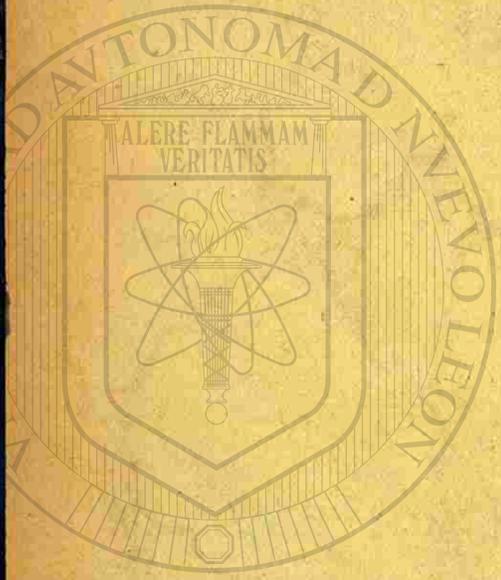


1020028290

D97297

ANTONIO MEDIZ BOLIO. 1884

EVOCACIONES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉRIDA DE YUCATÁN.

IMPRENTA "GAMBOA GUZMÁN."

CALLE 58. NÚMERO 503.

1903.

099786

34445

PQ 7297
• M44
E9

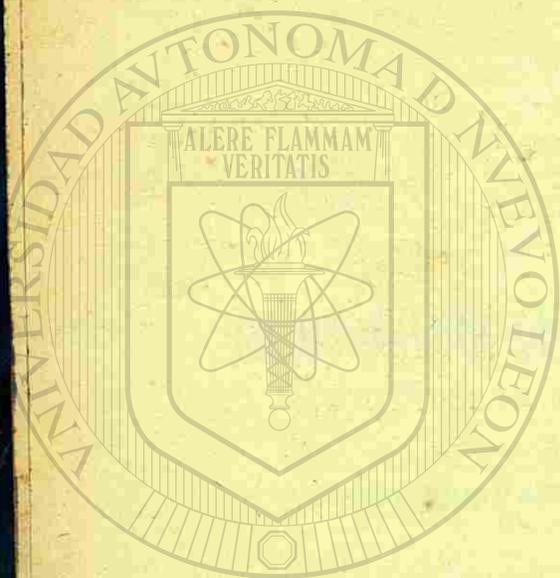


CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

AL LIC.
D. JUAN F. MOLINA SOLIS,
MI MAESTRO.

RESPECTUOSA Y CARIÑOSAMENTE.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Para mi querido amigo
D. Antonio Hoffman, inte-
ligente escritor y poeta
inspirado, con la
expresión de mi más
afectuosa y sincera
simpatía.

Antonio Mediz
Bolí

EVOCACIONES.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





PROEMIO.

ENTRE la generación que surge y que en Yucatán ofrece el contingente de su entusiasmo á la notable actividad intelectual que se desarrolla en la República, figura con los más prometedores y dignos de aplauso el joven autor de este libro.

Se puede decir que no se destacan aun perfectamente los rasgos de lo que pudiera llamarse su fisonomía literaria, ni es regular que ese fenómeno se hubiese operado, cuando sólo cuenta diez y ocho años; pero á todo llegará su tiempo, que para eso va en buen camino, y tendrán las flores de su ingenio el sello del cultivo individual. Se entreveen ya, ciertamente, algunos toques de ese carácter, y bajo su inspiración, la musa ingenua de la edad de rosa dicta, y dicta bien, pudiendo decirse que Mediz no ha escrito nada que no impresione en modo agradable la inteligencia ó el corazón.

En esos verdes años de la juventud, en que todas las cosas nuevas y deslumbradoras producen en el alma la atracción que sobre la mariposa ejerce la luz, ha encontrado, guiado por su buen sentido, la prudencia necesaria para acoger con alguna reserva los primores y magias de la nueva escuela, á la cual se entregan desde luego, á discreción, muchos coetáneos suyos. Estudía á los grandes maestros consagrados por la

posteridad secular, pero no ha excomulgado las teorías modernas, cuyo influjo, aunque ligero, puede notarse también en sus versos; y huyendo de esa exageración doctrinaria, que como tal es siempre perniciosa, y más en los campos sin fin de la estética, saborea los frutos de los ingenios del siglo de oro, al propio tiempo que los producidos por la brillante tropa que discurre en la selva, buscando rutas desconocidas y nunca holladas.

Fácilmente echará de ver quien prosiga leyendo, la atracción que ejercen en nuestro poeta los tiempos idos, esos siglos, esas edades que se esfuman en las grandes penumbras, donde la Historia no logra ver con claridad, y son veneros inexhaustos para el artista, que apronta la inteligencia á beber en las fuentes descubiertas, y suelta la fantasía para llenar con la ficción las lagunas que dejara el estudioso. Así se ha consagrado con amor á evocar los tiempos gloriosos de un pueblo caído, del pueblo maya; que cumpliendo la ley inexorable impuesta á todo lo humano, hasta á los más poderosos imperios, cayó desde el trono de su esplendor á la pesada servidumbre de otras gentes, en cuya raza, por una evolución lenta, pero que persistirá fatalmente, se funde poco á poco hasta aniquilarse por completo. Escrito está el *delenda est Carthago*; hecho tal vez feliz para el sociólogo, pero grandemente doloroso para la humanidad y lleno de melancólico encanto para el artista.

Entre los tristes escombros, bajo el polvo sagrado que envuelve los recuerdos del imperio maya, el joven poeta busca la nobleza heroica, el amor vehemente, la influencia de los seres misteriosos, los grandes desastres; toda esa poesía de la leyenda siempre victoriosa sobre los razonamientos de todas las épocas.

El interés por nuestra historia y tradiciones domésticas, despertó cuando el incansable Dr. D. Justo Sierra dirigía los periódicos "El Registro Yucateco" y "El Museo Yucateco;" conti-

nuó con los que dieron vida á "La Guirnalda" y "El Repertorio Pintoresco," y se produjeron estudios, muchos de los cuales llegaron á ser libros, como los publicados por el Ilmo. Sr. Carrillo y por el Lic. D. Eligio Ancona, enriquecidos con preciosos datos y observaciones.

Con más valiosos elementos, que traen la luz sobre cosas ignoradas ó falseadas, á consecuencia de la escasez de antecedentes, el Lic. D. Juan F. Molina Solís se dedica hace años á escribir interesantes monografías, y por último, su excelente historia, de la cual ya publicó un tomo y ha terminado de escribir el segundo. En su viaje á Europa, con esa diligencia y espíritu de investigación propios del buen historiógrafo, visitó los famosos archivos de España, en que se atesoran documentos referentes á la vida de Indias, y ha estado haciendo trasladar á Yucatán, en copia, lo que ha juzgado mejor, y que ya desde luego depura en su criterio y entrega al público tras paciente labor.

Lo que ganará el conocimiento de los hombres y los sucesos antiguos de la Península con ese caudal de tan buen origen, no es necesario decirlo, pero es celebrado por todos los que gustan de sustraerse á la prosa de la existencia actual, y vivir con el espíritu en otras edades bañadas por el fulgor que despide sobre ellas el prestigio de los siglos.

En el campo puramente literario, ó también histórico ó filológico, pero en estudios más cortos, en forma de artículos, hay otros tres escritores yucatecos meritísimos, que en la actualidad son los que más afición muestran por "el antiguo Yucatán," que diría Spencer: D. Eulogio Palma, que ha recogido buen número de sus trabajos en un tomo voluminoso, "Los Mayas," que el autor tuvo el laudable empeño de imprimir en su ciudad natal, Motul, donde entendemos que es la primera obra que se da á la estampa; Marcos de Chimay (seudónimo), quien ya tiene material suficiente también para llenar un libro; y

Antonio Mediz, que ha penetrado en la mansión de aquellas edades muertas, no como un investigador propiamente hablando, pero sí como un artista estudioso. La prosa y el verso han sido indistintamente el ropaje de sus creaciones; y, cuando se enfrasca en la biblioteca maya, no lleva otro interés que el de tomar los puntos generales, el color y el ambiente del medio, para dar sustento apropiado á su fantasía y dejarla volar libremente después.

Cómo ha acertado el joven poeta, lo verá quien adelante signiere, y es seguro que no ha de arrepentirse. En grato consorcio, aquí van hermanadas composiciones en prosa y verso; la leyenda y la poesía lírica, aspiraciones de amor y otros nobles afectos, nutridos de la sangre, la savia, el sano jugo primaveral; expresión cándida á veces de un alma joven, que abre azorada los ojos al mundo y todo lo encuentra hermoso; pero expresión siempre palpitante, siempre atractiva, que halaga los sentidos con su fresco perfume, sus variados matices y su excelente sabor.

Delio Moreno Cantón.



LOS KATES DE UAYMIL.

Para Eduardo García López.

I.

ALLÁ, frente á la costa del Poniente, á pocas brazadas de la orilla, se encuentra un pequeño islote, en cuyos ribazos crecen altivos los cocoteros y las inquietas olas acarician sin cesar las retorcidas raíces del mangle. Más adentro, en confuso montón, yacen por el suelo los restos de célebre y antiguo santuario, donde, tiempos atrás, los mayas rindieran adoración á sus dioses predilectos. Hoy, sobre las ruinas olvidadas, se alzan dos ó tres viviendas de pescadores. Es la "Isla de Piedras."

Allá, á la vuelta de la pesca, cuando la brisa de la tarde refresca el caldeado rostro, los pescadores refieren la leyenda de los *Kates de Uaymil*.

II.

Morena era su tez y su cabello negro, brillante como el mar al reflejo de la lu-

Antonio Mediz, que ha penetrado en la mansión de aquellas edades muertas, no como un investigador propiamente hablando, pero sí como un artista estudioso. La prosa y el verso han sido indistintamente el ropaje de sus creaciones; y, cuando se enfrasca en la biblioteca maya, no lleva otro interés que el de tomar los puntos generales, el color y el ambiente del medio, para dar sustento apropiado á su fantasía y dejarla volar libremente después.

Cómo ha acertado el joven poeta, lo verá quien adelante signiere, y es seguro que no ha de arrepentirse. En grato consorcio, aquí van hermanadas composiciones en prosa y verso; la leyenda y la poesía lírica, aspiraciones de amor y otros nobles afectos, nutridos de la sangre, la savia, el sano jugo primaveral; expresión cándida á veces de un alma joven, que abre azorada los ojos al mundo y todo lo encuentra hermoso; pero expresión siempre palpitante, siempre atractiva, que halaga los sentidos con su fresco perfume, sus variados matices y su excelente sabor.

Delio Moreno Cantón.



LOS KATES DE UAYMIL.

Para Eduardo García López.

I.

ALLÁ, frente á la costa del Poniente, á pocas brazadas de la orilla, se encuentra un pequeño islote, en cuyos ribazos crecen altivos los cocoteros y las inquietas olas acarician sin cesar las retorcidas raíces del mangle. Más adentro, en confuso montón, yacen por el suelo los restos de célebre y antiguo santuario, donde, tiempos atrás, los mayas rindieran adoración á sus dioses predilectos. Hoy, sobre las ruinas olvidadas, se alzan dos ó tres viviendas de pescadores. Es la "Isla de Piedras."

Allá, á la vuelta de la pesca, cuando la brisa de la tarde refresca el caldeado rostro, los pescadores refieren la leyenda de los *Kates de Uaymil*.

II.

Morena era su tez y su cabello negro, brillante como el mar al reflejo de la lu-

na, su voz dulce, cadenciosa como el arrullo de las olas que la adormían, sus ojos oscuros, insondables como los abismos, su alma bella como el sol naciente. Tal era *Acteil*, la virgen misteriosa, la que con sus blandas manecitas ofrecía en el santuario de la isla la ofrenda sagrada, velando siempre junto al dios, la iniciada en los secretos del rito, la incomparablemente bella sacerdotisa.

La fama de su hermosura se extendía á muchos centenares de leguas, como llevada por los pájaros ó por las brisas del mar, ponderada por los que habíanla visto en las noches de luna, envuelta en su blanco *huipil*, suelta al viento la espléndida cabellera, bajar á la orilla para retozar con las olas que lamían sus piecitos, recogiendo conchas y riendo cada vez que las aguas llegaban á mojar el borde de su traje. ¡Oh, qué bella estaba entonces *Acteil*, la de mágica hermosura!

III.

El señor de Uxmal, Quetzal el poderoso, oyó un día de labios de un guerrero la historia de la virgen bella que ofrecía en el adoratorio lejano de *Tunhá* los sacrificios de los peregrinos. Y pintáronle tan á lo vivo la hermosura de la hija del mar, que se encendió en su pecho deseo ardiente de verla y de disfrutar de sus encantos, tan celebrados por los viajeros. —En vano el gran sacerdote, el anciano

Taanac, procuró disuadirlo: “Señor, decíale, atraerás sobre nosotros la ira santa de los dioses! ¿No sabes que *Acteil* es prometida del cielo? ¡No intentes que deje el santuario! ¿Quién ofrecerá entonces los sacrificios? Piensa, señor, en los males que nos traería tu capricho. *Acteil* es sobrehumana, ha nacido de las olas del mar; su naturaleza no es terrena, es inmortal, es divina! ¡Reflexiona, señor!”

¡Nada! el monarca era inexorable; habíase propuesto que *Acteil* fuese suya, de él, que todo lo podía. ¿Y quién habría de oponérsele?

Vosotros no me servís, guerreros de brazo vigoroso y flexible arco.

Venid acá, vosotros los enanos, los de cuerpo diminuto, dijo el rey.

Y presentáronse siete hombrecillos de ojos picarescos y mirada astuta.

—Oid, dijo el monarca: partiréis al santuario de *Tunhá*, allá en el mar del poniente, y me traeréis á la sacerdotisa del templo, á *Acteil*, la de magnífica belleza! ¡Id!

Los emisarios se pusieron en marcha.

IV.

Acteil estaba contenta. ¡Cuán clara brilló la luna aquella noche del mes de *Xaax*, (1) noche extraordinariamente

(1) Enero.

bella! Las aguas tranquilas apenas se movían al sopló del céfiro nocturno. Y Acteil, sentada en una roca á la orilla del mar, peinaba su larga cabellera, sonriendo, feliz, gozando en la calma inmensa, silenciosa de aquella Naturaleza sublime!

De pronto vibró en su oído el eco suave de una canción lejana que se confundía con el rumor de las olas, una canción extraña que no comprendía, y sintió estremecer su pecho bajo el *huipil* blanco. Luego se oyó el ruido de una piragua que surcaba las ondas

—Síguenos, diosa, vamos á la corte del rey más grande, de *Quetzal* el poderoso; tendrás riquezas, honores, nada te ha de faltar,—decían los enanos.

Sollozaba Acteil. —¿No soy feliz en mi isla bendita? ¿He de dejar las aras de los dioses? ¡No séais crueles! ¡Dejadme!

—*Quetzal* te lo pide, decían los enanos.

—¡Piedad! ¿He de separarme de mi riberita querida? ¿He de dejar mis pececillos, mis conchas? ¡No! ¡Dejadme!

—El rey lo manda, dijeron los enanos.

De pronto, Acteil irguióse, una sonrisa surcó sus labios, sus ojos humedecidos por el llanto brillaron á la luz de la luna, y dijo entonces con júbilo á los enviados: —¡Os sigo! ¡Bogad!—Y saltó á la piragua.—Los enanos lanzaron un chillido de alegría, y la embarcación navegó por la orilla poco trecho, hasta llegar á un punto donde el mar forma un recodo y se

interna en la costa.—Por él se comunicaban con la playa los señores de la Península y por él se dirigió la piragua.

V.

Bajo el impulso de los enanos la barquilla resbalaba sobre el agua, silenciosa como la noche, en medio de los manglares que cubren las riberas. De pronto, Acteil se incorpora. De pie sobre la piragua, el viento juguetea con sus cabellos y la luna con sus rayos de plata parece que envuelve su figura en un manto espléndido. Sus ojos tienen un reflejo extraño, que seduce, que fascina, como el fijo mirar de la serpiente.

Extiende entonces los brazos magníficos, y de entre sus labios sale un canto apacible, tierno, infinitamente dulce, como el que modula la brisa entre el follaje!

¡Oh prodigio! Poco á poco los enanos, fijos en aquella imagen sobrenatural, hechizados por las notas que emite aquella garganta, tersa como la superficie del agua, parecen como subyugados por la música, parece como que á su influjo pierden el uso de los sentidos y el movimiento; sueltan los remos y sus párpados van cayendo lentamente hasta que al fin quedan dormidos. Acteil sonríe. Su canto se hace cada vez más rápido y sube de tono, semejando entonces la corriente impetuosa y veloz que arrastra las embarcaciones y arranca los troncos de los árbo-

les. Y entonces la piragua gira sobre sí misma vertiginosamente, gira, gira, con la rapidez del remolino, hasta que al cabo se hunde, al compás de las últimas notas, en las aguas que brillan á la luz de la luna llena, de la luna blanca del mes de Xaax!

Y luego que hubo desaparecido, una forma vaporosa, ténue, una forma de mujer surgió de la superficie y se perdió en el espacio.

El lugar en que esto aconteció se llama Uaymil, y desde entonces, en las noches en que brilla en el cielo la luna llena y sopla leve la brisa del mar, los siete enanos salen á la orilla y allí danzan en rueda, cogidos de las manos, al compás de una música que empieza lenta, apacible, y luego se hace cada vez más rápida, hasta que al despertar la aurora se hunden de nuevo. Los pescadores de aquel rumbo los llaman *los kates*, y aseguran que en las noches de luna llena no se puede dormir en Uaymil porque los enanos no permiten que nadie concilie allí el sueño, el sueño que fué su perdición!



KINICH-KAKMÓ.

I.

La tribu que acaudillada por *Zamná*, hacía largo tiempo que peregrinaba desde los desiertos del Sur hasta las playas orientales de la Península, había por fin elegido un sitio para establecerse y erigir un templo á sus dioses y un hogar á sus familias.

Y entonces se alzó *Itzmal*, la ciudad más antigua de la Península, la ciudad santa, consagrada por *Zamná*, el filósofo-dios, el jefe que condujera á los itzaes á través de millares de leguas. Y soberbia se alzó *Itzmal*, ostentando en las cimas de sus pirámides esbeltas los templos de los dioses de la incruenta y dulce religión de *Zamná*.

“Hijos míos, había dicho el sabio, los astros que brillan en la bóveda inmensa, el sol radiante y esplendoroso, lo que da vida y calor, lo que fecunda, lo que crea, eso habéis de adorar! Sea vuestro dios el fuego sublime que todo lo purifica, oh, itzaes!”

II.

Y cuando á los pocos años floecía poderosa la esplendente Itzmal, Zamná anunció á su pueblo que iba á morir, tan luego como de entre las vírgenes itzaes surgiese la dotada por el cielo de dones inestimables que la hiciesen digna de estar al lado de los mismos dioses. "Cuando esto suceda, deciales, podré yo separarme tranquilo de vosotros, pues mi misión estará terminada. Y os haré un legado precioso. Después de mi muerte adorareis en vuestros altares á una nueva deidad!"

III.

¡Era bella Nic-caan, pero más hermosa aun era su alma!

Había oído las palabras de Zamná, de sus labios había escuchado los consejos vivificantes del espíritu, y su alma grande, su alma de artista, se extasiaba en la contemplación de lo sobrenatural, levantando su vuelo de la tierra miserable y sombría á los espacios inmensos, buscando siempre algo superior, algo infinitamente sublime que no comprendía!

Y no había hallado nunca el objeto de sus sueños, de sus ansias misteriosas!

Un día, el más gallardo de los guerreros del *Humpictok*, del ejército sagrado,

la habló al oído de gratos amores, de esperanzas dulces, risueñas como el albor de la mañana, y rindió á sus pies su corazón, que nunca había temblado en las batallas y su arco que jamás desmintiera la destreza del brazo que lo empuñaba.

"Yo te amo, Nic-caan, hábale dicho el guerrero, ámame también y no habrá felicidad igual á la nuestra."

Y Nic-caan se había sonreído tristemente y luego le había contestado :

"Guerrero, no puedo amarte. Tu amor es terreno, es caduco, pasajero. Yo amo lo grande, lo infinito, lo inmortal! Yo amo al sol divino y fecundante, á la luz espléndida y seductora! Sé feliz con otra mujer, guerrero."

Y Nic-caan desdeñó al hombre que la adoraba.

Llegaron los embajadores *xibilbaides*, de los reinos suntuosos del Mediodía. "Nic-caan, le dijeron, ven á ocupar el trono de nuestros reyes. Ven á las cortes famosas de los monarcas del Sur. Nuestro pueblo te brinda poderío y grandeza sin igual; ven á nuestras tierras, oh virgen, á regir nuestra tribu poderosa!"

—No me podéis dar lo que yo anhele, lo que ansía mi corazón! Volved á vuestros países, embajadores, y colocad en el trono á otra reina. Vuestra grandeza no me satisface ni vuestro poder me seduce, porque, oh, embajadores, yo amo al sol

divino, á la luz espléndida y eso no me lo podéis dar!

¡Y Nic-caan despreció el trono que le ofrecían!

IV.

Por fin, un día Zamná dijo á los itzaes: "Se acerca la hora. Levantad una pirámide que exceda en altura á todas las de Itzmal. Cuando se halle concluida moriré. Y en su cumbre edificaréis magnífico templo para honrar á la nueva deidad que veneraréis después de mi muerte. Hacedlo así, itzaes."

La pirámide se irguió majestuosa y altiva como ninguna de las de Itzmal.

Y una noche, el pueblo congregado en su base aguardaba la aurora del día siguiente, día tremendo, pues el gran Zamná había de morir cuando el sol traspusiese el horizonte!

Brilló el astro del día con resplandores de oro, alzándose altivo, al rasgar el azul purísimo del cielo con sus rayos de fuego.

Y entonces, los itzaes vieron en lo más alto de la pirámide á Nic-caan, la doncella de los sueños misteriosos, junto á la venerable figura de Zamná, y oyeron retumbar como el trueno la voz del sabio que, señalándoles la mujer, les decía:

¡He aquí á vuestra diosa! ¡Veneradla, itzaes!

Y el pueblo estupefacto vió cómo la

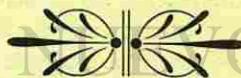
silueta de Nic-caan se lanzaba al espacio en dirección al sol, en cuyo disco ardiente se hundió, como si se hubiera consumido en el fuego de sus rayos.

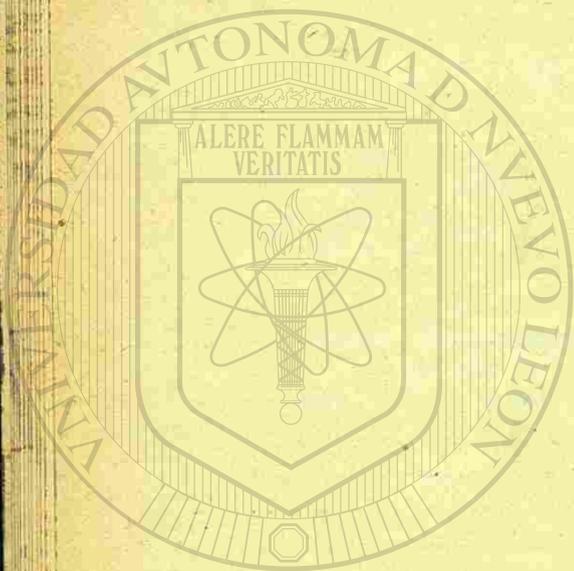
Y mientras tanto, Zamná agonizaba en la cumbre de la pirámide.

V.

Los itzaes, obedientes á su maestro, levantaron regios altares á la diosa y quemaron incienso delante de su efigie. Representáronla como sus ojos la habían visto la última vez, envuelta en los rayos del astro-dios, circundada su cabeza con una aureola de fuego.

Y así la adoraron, bautizándola: "Rostro de fuego, Rostro de sol, *Kinich-Kakmó.*"





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOUICH.

I.

¿Cuál de entre las flores de la tierra y las estrellas del cielo igualaría en frescura y belleza á Nouich, la hermosa, la que habitaba en la cabaña de los altos ceibos? Por ella atrevidos guerreros habían realizado heroicas hazañas, y nobles príncipes habían venido de países remotos; y sin embargo, el corazón de Nouich, la hija de los bosques, no pertenecía aun á nadie. Era libre como el viento que susurraba entre las ramas del *yaxché* y como los pájaros que volaban sobre su cabaña. Nouich había nacido allí, bajo las copas de los ceibos altos, y los había visto secarse y volver á cubrirse de hojas diez y siete veces, sin que se turbara en nada su apacible tranquilidad. Era feliz en su retiro y vivía contenta, lejos del bullicio de la suntuosa corte.

II.

Hacia ya cuarenta lunas que el pueblo Itzá era gobernado en paz por el sabio y

magnánimo rey Ah-Moc, de la ilustre descendencia de Zamná, el dios-filó:ofa.

Extraordinaria animación se notaba en la vasta plaza de la capital, la ciudad de Chichen-Itzá. Centenares de guerreros se agrupaban frente al templo del dios de la guerra, en cuyo atrio, los sacerdotes hacían sonar los *tunkules* y los caracoles bélicos. Los jefes de la tribu vestían la piel de tigre, el traje de combate, las mujeres preparaban víveres en abundancia, y en fin, todo hacía presagiar una próxima excursión guerrera.

De pronto reinó completo silencio y todas las cabezas se inclinaron.

En una planicie de lo alto del templo apareció el rey acompañado de los sacerdotes y revestido con todas sus insignias. El sonido del *zacamán* anunció que el monarca iba á hablar, y Ah-Moc entonces dijo con voz de trueno :

“Jefes y guerreros, sabed :

Nuestro padre, el dios de las justas guerras y las sangrientas represalias está ofendido, y su cólera nos amenaza ; porque, jefes y guerreros, un pueblo inferior á la gran nación de los itzáes pretende imponernos sus leyes, sus costumbres y su falsa religión ! ¡ Y ese pueblo se ha establecido en nuestra tierra por el lado en que se pone el sol ! Y ésta es la voluntad de los dioses : itzáes, id á encontrar á ese pueblo, aniquiladlo, humillad su orgullo, y el dios de las matanzas nos protegerá, y el invasor será vencido !”

Dijo, y los sacerdotes entonaron los himnos guerreros, y sonaron los *tunkules* y retumbaron los caracoles ; y la tribu entera se aprestó para ir contra los *tutulxius*, los restos de la raza tolteca que llegaban á la península, enemigos de los itzáes, los hijos del gran Zamná.

III.

La batalla fué terrible. Miles de muertos quedaron en el campo, y los itzáes victoriosos regresaron trayendo rico botín y numerosos prisioneros ; y entre ellos al noble príncipe *Topchac*, gallardo manco, de airoso continente y fogosa mirada, que era la envidia de los hombres y el preferido de las mujeres.

La entrada triunfal en Chichén fué magnífica. Las doncellas tejieron coronas de flores de *chucum* y las arrojaban al paso de los guerreros, y sonaban los instrumentos músicos, y corrió *balché* en abundancia para dar gracias á los dioses por la victoria lograda. Magníficas recompensas se dieron á los jefes principales, y se decretaron tres días de fiestas públicas para preparar los suntuosos sacrificios de los prisioneros que debían morir, según el rito, en aras del dios de los combates, precipitados al hondo y negro *cenote* de la Muerte !

IV.

¿Qué pasaba en la, hasta entonces, alegre morada de la bella Nouich, la hija de

los bosques, la hermana de las flores, la que habitaba bajo los ceibos corpulentos? Los pájaros no dejaban oír sus alegres trinos en las ramas verdes del *chacah* y del *copó*, y el viento gemía tristemente entre el follaje del *yaxché*. Porque Nouich lloraba, porque Nouich estaba también triste, muy triste, como los pájaros, como el viento!

Nouich lloraba, porque la desgracia nubló su morena frente, porque en las fiestas de Itzancaam, en las fiestas de la victoria de la luna nueva, los ojos ardientes de un guerrero de la tribu enemiga, los ojos negros de un cautivo, de Topchac, el príncipe tutulxiú, habían herido su corazón como la flecha que se hunde en el pecho del ciervo de los montes y lo hace caer á los pies del cazador. Nouich sentía palpitar su seno, bajo el impulso, desconocido para ella, de una pasión terrible, impetuosa como las aguas del cenote de los sacrificios. Y la hermosa itzá sufría, porque su corazón amaba á su patria, porque desde pequeña ofrecía incienso á los dioses de su nación y no podía amar también á un enemigo de aquellos y de ésta. Y sufría más, mucho más, porque sabía que su inexorable religión había de hacer morir á los prisioneros y había de morir Topchac, el de arrogante presencia y abrasadora mirada. ¡Oh, y su muerte sería horrible! A su turno sería atado de pies y manos y despeñado por la profunda sima

hasta el altar levantado á la mitad de la hondura de ésta, y allí, allí... su corazón sería arrancado por el sacerdote y humeante aun, ofrecido al sangriento dios, mientras su cuerpo sería arrojado de nuevo hasta las aguas negras y profundas que bullían en el fondo... y Nouich pensaba en esto y se retorció las delicadas manos y se mesaba los cabellos de ébano, y una lucha terrible tenía lugar dentro de su pecho!...

V.

Las fiestas concluyeron. Era la víspera de los cruentos sacrificios que debían verificarse al salir el sol del día siguiente. Los desgraciados tutulxiús fueron conducidos á la orilla del siniestro abismo que había de servirles de sepultura. Allí fueron desnudados, pintado su cuerpo de rojo, azul y amarillo, y atados á los postes que servían para el efecto.

Los sacerdotes entonaron el canto de la muerte; las mujeres bailaron la danza guerrera con los jefes y los combatientes que habían asistido á la batalla, y luego, la compacta muchedumbre que había llegado hasta allí, desfiló en silencio seguida de los sacerdotes, y el sitio fué quedando desierto.

La noche caía ya y negras nubes cubrían el cielo. Así fué que á favor de las sombras, un bulto blanco separóse sin ser

visto de los grupos y pudo ocultarse entre las cañas que crecían en la margen del cenote.

VI.

Topchac, el príncipe, el hijo del rey de los tutulxiús, estaba allí, atado á una estaca, contemplando con aquellos ojos de vivo resplandor que al día siguiente no verían más las cosas de la tierra, el negro abismo á donde sin piedad sería lanzado.

Pero Topchac no pensaba en eso. Era noble y valiente y no temía la muerte que le esperaba. Y sin embargo, no deseaba morir. Porque el día anterior, al ser sacado del templo, una mirada de fuego se había cruzado con la suya, y Topchac amaba, sin saber á quien, pero sentía dentro su pecho afán terrible y su corazón latía con fuerza y su alma se abstraía en pensamientos superiores, porque el amor de Topchac era puro como el aura que sopla al amanecer.

Y los dioses de su nación premiaban con eternas recompensas el amor que no era terreno.

Por eso esperaba sin temor la muerte, cuando su frente, tostada por el sol, sintió el suave contacto de unos labios frescos como el rocío y vibró en el aire el rumor de un beso. "Topchac—murmuró una voz, dulce como el néctar del *chucum*—Topchac, yo te amo, te adoro, y ¿sabes quién soy? Una itzá: ¡Nouich! Y no debo amarte, lo sé. Porque eres enemigo

de mi patria, porque odio á tu raza, y sin embargo, guerrero atrevido, mi corazón es tuyo, enemigo de mis dioses, aborrecedor de mi ley! Toma este cuchillo, mátameme . . . mátameme si no me puedes querer porque soy de la raza que venció á la tuya; mátameme, por piedad!" Y un relámpago iluminó la escena.

¡Y Topchac se sintió herido por los mismos ojos que lo miraron al salir del templo!

"Nouich—exclamó—quienquiera que seas, esclavo tuyo soy desde el momento en que te miré ayer. ¡Bendita seas de los dioses, bella itzá! ¡Huyamos de aquí! ¡Vamos á mi país, allí seremos felices; huyamos!" Y las sombras ocultaron una lágrima y una sonrisa que al mismo tiempo se dibujaban en el rostro de Nouich. "Huyamos, sí," murmuró con voz débil. Sus manitas cortaron las ligaduras del tutulxiú, y cayó sin sentido en sus brazos. Topchac vagó con su bella carga de un lugar para otro, pues no conocía los senderos.

Las sombras eran muy densas. ¿Cuál no sería su sorpresa al encontrarse en el centro de la ciudad? En efecto, de pronto brilló una luz y el grito de guerra de los itzaes retumbó en el espacio.

¡Itzalán, Itzalán! Era la señal de alarma.

Sin soltar su preciosa carga, Topchac emprendió furiosa carrera. Mas de todas partes acudían los guerreros armados, y

una flecha silbó en el aire, y luego otra, y otra. Y de pronto, el tutulxiú cayó sin vida, el pecho atravesado por el dardo certero! . . .

Y cuando los guerreros en confuso tropel llegaron, el cadáver de Topchac, caliente todavía, estrechaba entre sus brazos el de Nouich; y el mismo dardo que atravesara el corazón del príncipe tutulxiú, partió también el de la bella itzá, la que amó por vez primera, la hija de los bosques, que habitaba bajo los altos ceibos . . . Y los dos cuerpos no se pudieron separar y así fueron arrojados al cenote, para aplacar la ira de los dioses indignados.

Y los pajarillos de la cabaña en vano cantan en las ramas del *copó*: “¡Nouich, Nouich!” porque Nouich no volverá nunca, nunca!

Y en vano las flores esperan la vuelta de su hermana, porque Nouich mora ya en tierras más felices, donde el amor es puro y donde no existen las crueldades y las miserias de la tierra . . .

Y esta leyenda la susurra el viento al pasar por entre el frondoso ramaje del *yaxché*, allá, en la cabaña de los altos ceibos . . .



La caverna del tigre negro.

I.

Cuiyam era el Rey de Uxmal; y linda como un capullo recién abierto y juguetona como la brisa de la mañana, era *Miltoc*, la hija del rey. Y era bella, muy bella. Mas desgraciado del que caía al poder de sus miradas, porque, coqueta y falaz como una mariposa, se gozaba en el tormento de los corazones. Y muchos hombres habían sucumbido al fulgor de sus ojos; pero ella los había despreciado después de hacerlos sufrir horriblemente. Y una tarde dijo á la vieja *Xnacán*, que la había cuidado desde pequeña:—Oye *Xnacán*: en la tierra todo pasa, todo se acaba, pasa también la juventud y con ella la belleza. ¿Verdad? Dime: ¿no se podrá ser siempre bella?

—*Miltoc*, contestó la vieja, ¿es que quieres poseer el talismán de la belleza? ¿Es que quieres ser la dueña de la serpiente verde de dos cabezas, del *Yaaxcán* maravilloso? Pues bien, en la caverna del *Ek-balam*, en la cueva del Tigre

una flecha silbó en el aire, y luego otra, y otra. Y de pronto, el tutulxiú cayó sin vida, el pecho atravesado por el dardo certero! . . .

Y cuando los guerreros en confuso tropel llegaron, el cadáver de Topchac, caliente todavía, estrechaba entre sus brazos el de Nouich; y el mismo dardo que atravesara el corazón del príncipe tutulxiú, partió también el de la bella itzá, la que amó por vez primera, la hija de los bosques, que habitaba bajo los altos ceibos . . . Y los dos cuerpos no se pudieron separar y así fueron arrojados al cenote, para aplacar la ira de los dioses indignados.

Y los pajarillos de la cabaña en vano cantan en las ramas del *copó*: “¡Nouich, Nouich!” porque Nouich no volverá nunca, nunca!

Y en vano las flores esperan la vuelta de su hermana, porque Nouich mora ya en tierras más felices, donde el amor es puro y donde no existen las crueldades y las miserias de la tierra . . .

Y esta leyenda la susurra el viento al pasar por entre el frondoso ramaje del *yaxché*, allá, en la cabaña de los altos ceibos . . .



La caverna del tigre negro.

I.

Cuiyam era el Rey de Uxmal; y linda como un capullo recién abierto y juguetona como la brisa de la mañana, era *Miltoc*, la hija del rey. Y era bella, muy bella. Mas desgraciado del que caía al poder de sus miradas, porque, coqueta y falaz como una mariposa, se gozaba en el tormento de los corazones. Y muchos hombres habían sucumbido al fulgor de sus ojos; pero ella los había despreciado después de hacerlos sufrir horriblemente. Y una tarde dijo á la vieja *Xnacán*, que la había cuidado desde pequeña:—Oye *Xnacán*: en la tierra todo pasa, todo se acaba, pasa también la juventud y con ella la belleza. ¿Verdad? Dime: ¿no se podrá ser siempre bella?

—*Miltoc*, contestó la vieja, ¿es que quieres poseer el talismán de la belleza? ¿Es que quieres ser la dueña de la serpiente verde de dos cabezas, del *Yaaxcán* maravilloso? Pues bien, en la caverna del *Ek-balam*, en la cueva del Tigre

Negro, está la serpiente que da la eterna juventud, la perenne belleza. Pero es difícil empresa poseerla, porque para ello hay que vencer al tigre y nadie entre los guerreros de Uxmal será capaz de ello, excepto uno: *Tok*, el cazador de ciervos, el que te ha dado su corazón!

II.

Bravo guerrero, de diestro brazo y corazón valiente, era *Tok*, el cazador de ciervos, el que se había prendado de la hija del rey. Y sufría mucho, porque sabía que su amor era imposible y amaba sin esperanza; pero amaba también mucho. Y aquella mañana, empuñó su arco y partió á la caza. Y caminando *Tok*, cantaba:

“*Miltoc*, tú eres bella como la luna llena, como el lucero de la mañana. Por tí me lanzaré animoso á la pelea y mis mejores trofeos de caza serán para tí. Las más lindas flores se cierran á tu paso, porque tú eres, *Miltoc*, más bella que las flores más hermosas. Cuando pronuncio tu nombre, se siente más vigoroso mi brazo, y mi corazón se llena de bravura cuando pienso en tí. Porque eres bella, *Miltoc*, como la luna llena, como el lucero de la mañana. Pero eres más cruel que hermosa, porque no oyes la voz del que te ama, porque eres sorda al amor del guerrero que te consagra su corazón. Y sin embargo, por tí afrontaría la misma

muerte y despreciaría todos los peligros por tu amor.”

—¿Sí? dijo una voz á sus espaldas.

Y *Tok* se volvió y un temblor nervioso recorrió todos sus miembros. Creía estar soñando y sus labios no articularon palabra alguna. Allí, delante de él, estaba *Miltoc*, la veleidosa, la que destrozaba su corazón con sus desdenes. Y lo miraba tan dulcemente!

—¿De veras? repitió aquella voz que hacía vibrar las fibras de los corazones. ¿Arrostrarías por mí todos los peligros? ¿No temerías la muerte?

—Ni una muerte ni ciento me arredran si se trata del menor deseo tuyo, pues sabes que soy tu esclavo, y si mi muerte te diera algún placer moriría con gusto por complacerte, pues mi voluntad es la tuya.

—Entonces, repuso *Miltoc*, llega si eres capaz, hasta la caverna del Tigre Negro y tráeme el *Yaxcan* maravilloso, la serpiente verde de dos cabezas, y entonces tuya será mi mano, y habrás ganado mi corazón. Y desapareció entre los árboles del bosque.

III.

¿Qué quieres, joven?—dijo *Letchac* el *H Men*, el adivino, al ver llegar á la puerta de su choza la gallarda figura de *Tok*, el cazador de ciervos.—Anciano, contestó éste, vengo á consultar tu gran

saber, vengo á interrogarte. Tú que conoces los secretos del porvenir, que predices la suerte de los hombres, que ves á través de las paredes y de las distancias, que eres mago, adivino, sabio, dime, ¿sabes dónde se encuentra la caverna del Tigre Negro, en donde está la serpiente verde de dos cabezas, el *Yaaxcan* portentoso? Mancebo, dijo *Letchac*, mi ciencia es muy grande y no hay lugar desconocido para mí. Pero, dime, ¿qué intentas? ¿qué vas á buscar allá? Acaso pretendes vencer al tigre? ¿Por ventura desees poseer la milagrosa serpiente? ¡Ay de tí entonces! ¿No sabes que muchos han perecido en la demanda, sin que se haya vuelto á saber de ellos jamás?

—Oye, anciano, dijo *Tok*—¿qué puedo temer yo si en mis brazos he extrangulado los tigres más feroces de la selva y si á los golpes de mi lanza han caído los jabalíes más fieros? Yo venceré al tigre y mía será la serpiente de dos cabezas. Enséñame el camino y partiré para la cueva del *Ek-balam*.

—Inexperto joven, ¿quieres la muerte antes de tiempo? El camino es largo y difícil y está lleno de peligros. Sé que tu brazo es fuerte como la madera del *chimay* y que tu corazón es valiente y osado; pero de nada te han de servir tu empuje ni tu brío, contra el Tigre Negro que tiene la fuerza de diez hombres y que te derribará al primer golpe. Pero, dime, ¿es el amor el que te guía? ¿Vas impulsado por

alguna pasión pura? Entonces vé, porque los dioses protegen al que ama con pureza y sencillez.

—Sí, dijo *Tok*, voy para conquistar la serpiente verde, el *Yaaxcan* que da la juventud, para que adorne la cintura de *Milloc*, y sea mío su corazón. Entonces, dijo *Letchac*, dirígete hacia el Poniente y atraviesa aquellas eminencias tras las cuales se oculta el sol. Al otro lado encontrarás la senda que va á la cueva del *Ek-balam*. Y antes de llegar pasarás tres lagunas y el camino estará lleno de fieras. Mas no desmayes y sigue hasta el fin. La boca de la cueva está á la sombra de un inmenso álamo, y es negra y profunda como un pozo. Parte pues y si caminas sin descanso, antes del anochecer del día tercero podrás llegar á la caverna del *Ek-balam*."

Y *Tok* partió.

IV.

Pat-kin, se llamaba un cortesano que habló de amor á *Milloc* y corrió la suerte de todos. Pero era de sentimientos bajos y cobardes y en su pecho anidaban la envidia y las pasiones rastreras. Era noble de nacimiento, pero no de corazón: jamás en las batallas se le vió en la primera fila ni sobresalió nunca por su valor en la caza.

La envidia se despertó en su corazón cuando supo que *Milloc* había ofre-

cido su mano á *Tok* si le traía la serpiente de la caverna del tigre. Y juró que si *Miltoc* no sería suya tampoco sería del cazador de ciervos. Y al día siguiente desapareció de la corte.

V.

Tok caminaba sin parar. Y tres veces siguió el sol en su carrera, y al salir el astro, *Tok* le ofrecía codornices, para que le favoreciera en su empresa. Pasó las tres lagunas y las fieras del camino no le hicieron mal alguno. Y á la tercera noche llegó á la entrada de la cueva. Esta se abría baja la copa de un álamo gigantesco y era negra, oscura, y sus paredes estaban cortadas á pico. *Tok* ató al tronco del árbol una cuerda de piel de venado y sin vacilar se descolgó por ella, hasta que al fin sus pies tocaron el fondo. Encendió una tea y se adelantó sin temor por las oscuras galerías. Brillaban millares de estalactitas á la luz de la tea del cazador como si fuesen de piedras preciosas; *Tok* estaba admirado y seguía internándose por el laberinto de columnas que abría delante de él, cuando de pronto un espantoso rugido hizo temblar la bóveda, pero no el corazón del guerrero maya. Y á este rugido siguieron otros y otros y la caverna se estremecía como si la tierra temblase. Y ante los ojos de *Tok*, apareció de repente con toda su salvaje hermosura, la manchada piel del

Tigre Negro. De un salto se lanzó sobre él. La fiera se revolvió furiosa contra el guerrero y entonces la tea cayó de las manos de éste y todo quedó en tinieblas.

VI.

Tok volvió en sí y miró á su alrededor. La luz del día entraba por arriba de la cueva, iluminando el hermoso cuerpo del tigre, que con la cabeza partida de un hachazo yacía al lado del cazador. Y la mano derecha de éste apretaba el reluciente cuerpo de una serpiente color de esmeralda que agitaba sus dos cabezas. *Tok* se levantó y apenas pudo tenerse en pie.

De su brazo derecho manaba sangre en abundancia manchando todo su cuerpo. Sacó de su morral unas yerbas, las aplicó á la herida y luego aproximó á sus labios el *h-chú* lleno de agua. Entonces respiró lleno de satisfacción y una alegría sin límites inundó su alma cuando se dió cuenta de sí mismo. ¡ Por fin iba á ser dueño de *Miltoc*, iba á realizar su sueño más hermoso ! Desolló al tigre y la preciosa piel negra y blanca colgaba al poco rato de sus hombros.

Y emprendió la marcha. ¡ Qué feliz era *Tok* ! Por fin poseía la serpiente maravillosa, el *Yaaxcán* que iba á darle la felicidad ! Y llegó á la boca de la caverna. Ató á su cintura la serpiente y subió

por la misma cuerda porque había bajado.

VII.

Apenas *Tok* había dado algunos pasos fuera de la cueva, cuando, exhalando un grito, cayó en tierra, herido por detrás de tremenda lanzada. Y volvióse. Y con sus ojos turbios ya con la opacidad de la muerte, vió delante de sí á *Pat-kín*, que lívido de coraje, le decía: “¿Lograste por fin vencer al tigre, verdad? Es tuya la serpiente! Pero no se la llevarás á *Miltoc*, porque para eso te he seguido!

— ¡Cobarde, gritó *Tok*, ya en las convulsiones de la agonía, ¡cobarde! ¡Prendes robármela y por eso me has asesinado! ¡Maldígante los dioses! Pero jamás *Miltoc* recibirá de tu mano el talismán, hombre infame, más vil que la inmunda lagartija! Porque maldito serás del cielo y tu nombre será el oprobio de los mayas!

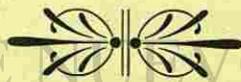
Y *Tok* espiró bañado en su sangre, mientras *Pat-kín*, lanzando una carcajada, arrancó la serpiente de su cintura y desapareció en la espesura del bosque.

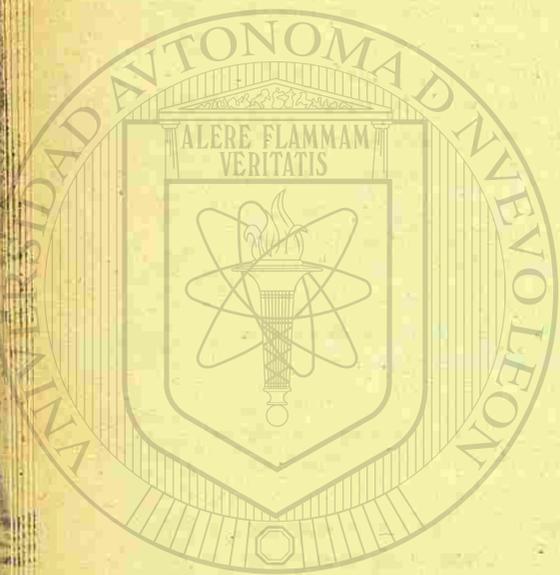
.....
Pero nunca llegó á Uxmal porque la maldición de *Tok* había caído sobre su frente. Y *Let-Chac*, el adivino, el más anciano de los *H Menes* de la ciudad, dijo á los mayas que en castigo de su perfidia se había convertido en lechuza, el ave mensajera de la muerte, la siniestra

precursora de la fatalidad. Y *Miltoc* no obtuvo el talismán y murió de pena, escuchando el lúgubre graznido del ave maldita que por espacio de tres noches, vino á posarse en los árboles que rodeaban su morada . . .

Y desde entonces en las ramas del álamo que cubre la boca de la caverna del Tigre Negro, un *tzutzuy*, una paloma gris, deja oír por las tardes su quejumbroso canto.

Y los viejos de Uxmal, al contar á sus hijos esta leyenda, les decían que era el alma de *Miltoc*, que lloraba la pérdida del talismán precioso, del *Yaaxcan* de la caverna del Tigre Negro . . .





LÁGRIMA DE FUEGO.

Para Ricardo Molina Hübbe.

I.

Murió *Zamná*, el profeta-dios de los itzaes, y por eso *Itzmal* se cubrió de luto, llorando la muerte de su patriarca, el sabio entre los sabios, que puso nombre á todas las cosas y enseñó á los itzaes las máximas sublimes de la virtud y del bien. De su boca escucharon desde remotos días los preceptos de la verdad y de él supieron que había un dios sobre todos, inmortal é incorpóreo, señor de los aires y de los espacios, de las aguas y de la tierra.

Practicaron siempre á las sombras de sus leyes una religión incruenta y dulce, y en las aras de sus dioses no corrió jamás la sangre humana.

Murió *Zamná* y su espíritu voló al cielo, dejando en herencia á los itzaes sus saludables enseñanzas y la fuente de la dicha en el ejercicio de la virtud. Pero faltó la vista del maestro á los ojos de la tribu, y el espíritu del mal se apoderó de

muchos corazones, arrancando de ellos la semilla del bien y sembrando los gérmenes de las pasiones impuras.

Y un día, muchos centenares de guerreros, de sacerdotes y de esclavos, dejaron los muros de Itzmal, buscando en los vírgenes bosques de la Península un sitio para edificar una ciudad y vivir libres del freno que á sus placeres y á su indolencia ponían los preceptos y las leyes del filósofo de sus padres, el gran Zamná, leyes de mansedumbre y de trabajo.

II.

La nueva ciudad se alzó de entre los añosos árboles de la selva, y entonces los itzaes, que abandonaron á sus hermanos fieles, pensaron en elegir un rey. Subió al trono un hombre de instintos perversos y de corazón corrompido, que dió rienda suelta á sus pasiones y autorizó con leyes criminales las de sus súbditos. Y así, en el recinto de aquella ciudad, flotó un ambiente viciado y poco á poco fueron descendiendo sus moradores al último grado de la abyección y del crimen. El trabajo, la ley de la vida, quedó sólo para la última clase, que gimió abrumada por la fatiga para dar de comer á sus indolentes amos, que de festín en festín y de orgía en orgía pasaban su miserable existencia. Así aquellos espíritus depravados se creyeron felices y sólo quisieron cada día más placeres. Pero poco

había de durar tanta infamia, porque antes de la segunda generación, los malos hijos de Zamná hicieron estallar con sus horrendos crímenes la ira de los dioses!

III.

El monarca de la ciudad de los apóstatas se llenó de soberbia y creyó haber consolidado el imperio del mal. Habían llegado ya al exceso de la corrupción aquellas gentes. Los antiguos dioses de su religión no se veían en los altares porque blasfemaron de ellos, y ahora quemaban copal en honor de dioses inmundos. Tampoco en los templos ardió el fuego sagrado, porque no hubo vírgenes que lo guardaran! ¡Desdichada nación!

El rey, digno autócrata de aquellos malvados, soñó un día que su memoria existiera siempre y que después de su muerte quedara todavía, imperecedero sobre la tierra, el recuerdo de sus obras.

Soñó, lleno de orgullo, ser lo mismo que Zamná, ser inmortal, ser dios . . . En un arranque de egoísmo quiso ser adorado en vida, y dijo á sus súbditos que pusiesen su estatua en los altares de los templos, pues el único dios era él. Obedecieron sus vasallos, y en la ciudad de todos los crímenes se cometió el último, adorando al monarca entre el humo del incienso que se quemaba á los dioses y ofreciendo sacrificios humanos ante sus

aras, porque la sangre gustaba al rey y era propicia á sus instintos . . . !

IV.

La tarde caía. Inmensas nubes negras se apiñaron en el cielo,—nubes negras como el mal, que vistieron la bóveda azul con el ropaje de la muerte—y en los ámbitos infinitos del espacio rugió el trueno, como la voz encolerizada de los dioses. La noche avanzaba envolviendo á la ciudad en una mortaja de tinieblas y con la noche llegó la borrasca. Pero los adoradores del espíritu del mal, encarnado en la persona del rey, no temblaron . . .

Y entonces el cielo, hastiado ya de tantos crímenes y de tantas maldades, se estremeció de tristeza y lloró . . .

Y una lágrima, una siniestra lágrima de fuego, descendió, cruzando los aires, y fué á caer en el seno de la ciudad maldita! . . .

V.

Al amanecer del otro día, el sol naciente iluminó una inmensa laguna en el sitio donde antes se alzara altiva la ciudad que levantó la soberbia de los hombres . . . Allí está la laguna, triste, silenciosa. En sus riberas no cantan las aves ni la brisa susurra entre las cañas de los márgenes. La savia de los árboles que crecen cerca

de allí, tiene el color de la sangre y sus frutos son amargos como la hiel.

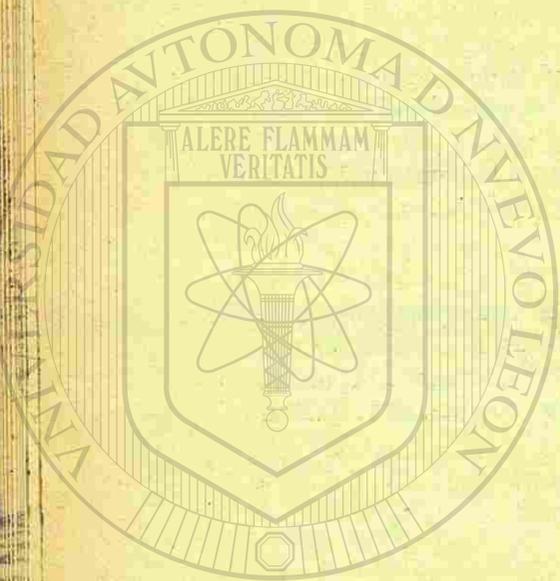
Y entre el fango de las orillas se arrastran las serpientes más venenosas . . . Por eso, cuando algún cazador extraviado llega por esos rumbos, se aparta lleno de horror á la vista de la laguna que envuelve con sus impuras aguas los restos de la ciudad del mal . . .

Y desde entonces la llamaron *Yok-ká-ek*, (1) *estrella sobre el agua*.

* * *

Así refieren los indios ancianos, conocedores de consejas, la historia de una misteriosa laguna que existe sepultada en el fondo de los bosques, entre Izamal y Valladolid.

(1) Relación del Cabildo de Valladolid á S. M. Cap. VIII.



Los últimos días de Chichén.

AL DR. D. DOMINGO VADILLO A.

I.

Semejando la flor bellísima que se destaca entre el verdor de la selva, se alzaba, allá en el fondo del bosque misterioso, la metrópoli soberbia de los Itzaes, la opulenta *Chichén*, con sus esbeltas torres, sus templos suntuosos, sus pirámides magníficas, sus palacios inmensos, sus calles populosas, por las que transitaba un pueblo inteligente, de instintos nobles, un pueblo artista por excelencia, el más civilizado tal vez de los que poblaron el suelo yucateco.

Pero ¡ay de la ciudad magnífica!

II.

“¿Has visto ¡oh rey! en los días de tormenta, arrancarse de raíz el árbol corpulento al soplo airado del huracán? ¿Has visto la flor lozana que brota en las praderas, languidecer bajo los rayos del sol ardiente y marchitarse luego hasta morir? ¡Oh rey! tú eres grande y poderoso! Cien

monarcas te rinden vasallaje y tus estados tienen por límite el mar. Y tu pueblo es también grande y potente ¡oh rey! el más sabio de los reyes.

Pero únicamente los dioses son inmortales, y el poderío y la grandeza de *Chichén* se acabarán y habrán de ceder al empuje del tiempo y de los sucesos, como el árbol á la furia del vendabal, como la flor bajo los rayos abrasadores del astro de fuego! Y grandes, inmensas serán las desgracias que han de caer sobre tu pueblo, tan grandes como él mismo! Porque un día los dioses abandonarán á los Itzaes, y entonces ¡ay de ellos! Y la causa será una mujer. ¡Oh! esto dicen los oráculos sublimes! ¡Infeliz de tu pueblo, oh rey!"

Estas fueron las tremendas profecías que en los tiempos remotos pronunciara el *Chilam* sagrado delante de *Toh-cah*, el más poderoso de los monarcas Itzaes.

Y pasaron los años, veloces como el ave que cruza rápida el espacio. ¡Y nadie se acordó más!

III.

¿Quién no conocía á *Ontecil*, la hija de *Molcab*, el viejo guerrero? Jamás en las fiestas aventajóla nadie en hermosura, ni hubo tampoco en los sacrificios joven más piadosa que ella. Y *Ontecil* éra la prometida del rey. En clara noche de luna el monarca la había hablado de amor, y en el fondo de su pecho habíase impreso para siempre el fuego de las miradas de

Canek. Amaba al rey con todo su corazón! ¡Y era feliz! Pero ¡ay! en este mundo todo es frágil, efímero como la vida del insecto. Y llegaron para *Ontecil* los días negros, los días de la desgracia! ¡Desgracia tremenda! Y en una tarde de *Moan*, una tarde de cielo azul en que cantaba alegre el ruiseñor y soplabá leve el *noholik* benéfico, *Ontecil* hilaba á la puerta de su choza humilde, cuando llegó su padre. Extraña turbación se notaba en la arrugada faz del anciano guerrero. Y sentándose al lado de su hija, tomó entre las suyas su mano delicada, y con voz trémula le dijo: "*Ontecil*, prepárate para grandes cosas. Porque has de saber que los dioses te deparan una prueba terrible. ¡Voy á revelarte un secreto! Por tus venas corre la sangre brava de los mayas, mezclada con la itzá. Sí, porque tu madre ¿sabes quién era? La hermana de *Cay* el *Batab* famoso. ¿Oíste? Pues bien, *Ulmil*, el noble Príncipe de *Mayapán*, me ha pedido tu mano, amenazándome, si se la niego, con la ruina de *Chichén* y de los suyos. Y se la he prometido. Piensa, *Ontecil*, en la patria."—Y el anciano calló.

Y calló también el ruiseñor en la vecina fronda; y cesó de soplar el viento suave del medio día, y pardas nubes se extendieron por el azul del cielo . . .

Y lo que la doncella dijo entonces á su padre, jamás lo ha sabido hombre alguno.

IV.

Negra como una noche de tormenta, era la duda que embargaba el espíritu del rey. Porque sospecha terrible se agitaba en su cerebro, y su corazón sufría en la incertidumbre. Y sueño terrible había tenido la noche pasada. Había visto á su pueblo convertido en gusano minúsculo que débilmente se arrastraba por el suelo, mientras que astuto gavilán acechaba sus movimientos para luego caer sobre él y llevárselo en su corvo pico! ¡Oh, los odiados mayas! ¡Tan aborrecidos como poderosos!

Y dijo el rey: "Traedme á *Cutz*, el jorobado, para que distraiga mi dolor!" Y el bufón entró en la regia sala. Mas no reía como de costumbre y sus ojos miraban vagamente al rey. ¡Habla! gritó *Canek*, dí ¿qué te ocurre? ¿Por qué asoma la tristeza á tu rostro?—¡Oh, poderoso monarca, murmuró el jorobado, tú eres grande!—¡Basta de adulación, rugió *Canek*, ó sentirás el poder de mi brazo, juro á los dioses!

—Perdón, señor, si te ofendí. Y si quieres, escucha: ¿Sabes por qué nubló mi frente el dolor? Porque he visto hoy una cosa horrible. He visto al rayar la aurora salir de *Chichén* una litera y dentro al Príncipe *Ulmil* y en sus brazos . . . señor, tiemblo al decirlo.—Habla, gritó *Canek*.—He visto . . . á *Ontecil*, la hija del jefe *Molcab* . . .

Mudo de estupor quedó *Canek*, y luego gritando "¡Traición!" corrió á la morada del viejo guerrero. Y llegó . . . y ¡oh desesperación! ¡estaba desierta!

V.

¿A qué obedecía la extraña animación que se notaba en todos los ámbitos de la tantas veces famosa corte de los soberanos mayas? Todo en Mayapán respiraba alegría, júbilo inmenso, que se derramaba por sus calles y plazas. Se veían entrar y salir de los templos hombres y mujeres ostentando sus trajes más espléndidos; aquí y allí se bailaba, se cantaba, se bebía *balché*, se levantaban tablados, se organizaban diversiones. ¿Qué era lo que pasaba? ¿Se daban gracias al cielo por algún suceso favorable á la nación? ¿Celebrábase acaso las fiestas de la victoria? Eran los festejos decretados para solemnizar el matrimonio del príncipe *Ulmil*. ¿Quién es la consorte? se preguntaban unos á otros. ¿No lo sabéis? Es una *itzá*. Es la hija de *Molcab*, el anciano guerrero de la corte de *Canek*. Es *Ontecil*. Y seguía la fiesta y el bullicio. En la calle se veían hombres embriagados gritando á voz en cuello, mientras que la multitud se aglomeraba poco á poco frente al palacio real, en donde alegres resonaban los *tunkules* y los acompasados cantos de los sacerdotes. La boda se celebraba con esplendor y pompa nunca vistos. Y la multitud, ebria de contento y de licor, gritaba, cantaba,

vociferaba con verdadera locura, en inmensa explosión de alegría.

Y de pronto, dominando el estruendo de las voces y de los instrumentos, retumbaba siniestro en el espacio, un grito terrible que llena de pavor los corazones y hiela la sangre en las venas:—*Itzalán, Itzalán!*—¡Era el grito de guerra de los itzáes!

Desesperación, gritos de terror, alaridos de pánico, confusión, atropellamiento, gemidos de angustia, rugidos de rabia, ayes de moribundos, flechas que silban en el aire, lagos de sangre, el espanto, la desolación y la muerte sustituyen á la escandalosa orgía á que momentos antes se entregara la populosa ciudad, ahora invadida por miles de feroces guerreros. Y, descollando entre todos, un jefe se adelanta y bajo una lluvia de flechas penetra audaz en el palacio de los reyes. Los guardias, los nobles, los sacerdotes, caen heridos de muerte á los golpes de la tremenda maza que agita con su brazo de atleta. Y entre desorden y carnicería llega al aposento nupcial, donde se celebra la ceremonia. Allí, sobre el altar del sacrificio, corre aún la sangre de la víctima, y la novia, lívido el semblante de terror, yace en tierra sin sentido. La toma en sus brazos el guerrero, y matando siempre, la conduce por entre la muchedumbre aterrorizada que llena las calles, hasta las afueras de la ciudad.

—Y ese guerrero es *Canek*, el monarca itzá, que recobra á su prometida, la bella *Ontecil!*

VI.

En el fondo de su palacio el rey celebraba consejo con los jefes. Porque temía la cólera de los mayas, temía la venganza de *Ulmil*. En efecto, si las huestes de Mayapán cayeran sobre la ciudad itzalana, pasado el estupor del primer momento, ¡pobre *Chichén!* Pobre capital en un tiempo poderosa y ahora debilitada por el ocio y los placeres. *Canek* temblaba ante la ruina de su pueblo porque era supersticioso y la imagen de su sueño no le abandonaba ya un solo momento!

Y en medio de las deliberaciones del consejo, aparece de repente ante los ojos del rey, pálido, sudoroso, jadeante, *Cutz*, el jorobado. «Señor, gritó, apresúrate porque el ejército de los mayas viene sobre *Chichén*. Y son, señor, numerosos como una nube de langostas y están furiosos como tigres. ¡Así lo dicen los espías! ¡Ay de nosotros si los dioses no nos protegen! Y nubláronse los ojos del rey.

Y momentos después una larga fila de hombres, mujeres y niños salía de la ciudad, que quedó solitaria, triste, abandonada. Y en el centro de la columna, junto á las efigies sagradas de los dioses, cuatro robustos esclavos conducían en

hombros una litera, dentro de la cual *Canek*, abatido, lloroso, estrechaba en sus brazos á *Ontecil*, su bella esposa. Y caminaron mucho, mucho, siempre al Oriente, mientras á sus espaldas el sol agonizaba entre nubes de púrpura! ¡Con él moría también la grandeza de un pueblo!

Y caminaban, caminaban, entre las sombras de la noche. Y cuando el rey volvió el rostro hacia atrás, contempló un inmenso resplandor rojizo.

¡Chichén ardía!

VII.

Y en las lejanas tierras del Petén, el pueblo itzá pasó la última etapa de su existencia. Y allí grabóse en inmensa mole de piedra, con caracteres jeroglíficos, la leyenda de *Ontecil* la bella y *Canek*, el último y el más desdichado de los reyes de *Chichén*. Y por esa piedra se sabe que *Molcab* murió asaetado, víctima de la cólera de *Ulmil*, el príncipe maya.

Y así se cumplieron las tremendas profecías que allá, en los remotos tiempos, pronunciara el *Chilám* sagrado, delante de *Toh-cah*, el más poderoso de los monarcas itzaes.

Y pasaron veloces los años, como el ave que cruza rápida el espacio . . .

EL BRINDIS DE D. ALVAR.

Para Carlos R. Menéndez.

I.

Muchas veces había yo visto aquellos desmantelados muros que se alzaban en medio de la selva, solos, tristes, como fantásticos esqueletos, sumidos en su funeral misterio, y en irónico contraste, cubiertos de árboles frescos, lozanos, pletóricos de savia y de verdura, que hincaban sus vigorosas raíces en las grietas húmedas de las sombrías paredes, como si la vida quisiera estrechar en sus brazos á la muerte.

¡Cuánto tiempo habrían pasado así las ruinas solitarias, aquellas ruinas que tantas generaciones habían visto, siempre silenciosas, abandonadas, tristes, inmensamente tristes, con no se qué de pavoroso y lúgubre, que hacía pensar al verlas en cosas trágicas, en algo misterioso que hubiera pasado tiempos atrás bajo aquellas derruidas arcas en cuyos capiteles rotos habitaban ahora las le-

chuzas y los murciélagos, entre aquellas columnas derrumbadas y llenas de musgo, que un día sostuvieron tal vez artesonados techos! Un ambiente de extraña melancolía se respiraba en aquel lugar, despertando en la mente la nostalgia del pasado. Hasta el viento, cuando pasaba silbando por las hendiduras del muro, parecía que entonaba la canción del olvido, algo así como un salmo de amargura; y aun los animales silvestres tenían miedo de penetrar por los derruidos pórticos, como si algo sobrenatural y siniestro protegiera el imponente recinto, acaso resto de grandezas pasadas. ¡Qué tristes eran las ruinas!

“Xlapak” (1) las llamaban los indios de las cercanías; pero nadie sabía una palabra de su historia ni de su origen. Tan sólo, como añeja tradición, se contaba por los alrededores, que cada año, al mediar la noche de difuntos, se oía salir del interior de las ruinas un infernal concierto de carcajadas, gritos, imprecaciones, ahullidos y mil rumores discordantes y confusos que resonaban entre el choque de copas y botellas, como si todos los demonios del infierno celebraran allí una orgía salvaje y desenfrenada. Pero nadie dijo nunca lo que esto significaba, ni el más atrevido osó siquiera acercarse á las ruinas en aquella noche.

(1) Pared vieja.

II.

Revolviendo antiguos cronicones en el desvencijado archivo de una aldea vecina, encontré en una ocasión un carcomido infolio, apenas legible por el tiempo y la humedad, pero en el cual, no obstante, me fué posible leer, con gran sorpresa, la extraña relación de un suceso que me trajo á la memoria la conseja de las cercanas ruinas de “Xlapak” y que aún llegué á creer estuviera identificada con ella. He aquí trasladado al lenguaje usual, un extracto de lo que en obscuro y casi indescifrable idioma anticuado, decía el vetusto documento.

III.

D. Alvar Sánchez de Miranda se llamaba un castellano que en pos de la fortuna vino á Yucatán, siguiendo el camino que tantos otros emprendieron en la época de la conquista.

Y fácilmente obtuvo el aventurero español que, como era costumbre entonces, se le diera una encomienda de indios con tierras para explotar, á la que desde luego se trasladó edificado para su residencia una soberbia morada en el centro de sus dominios. Allí vivió desde entonces D. Alvar, como un tigre en su madriguera, acumulando oro en sus arcas y divirtiendo sus ocios en atormentar á sus esclavos.

Ceñudo y altivo, el encomendero sólo reía cada vez que sus amigos lo visitaban para celebrar con él una alegre francachela ó para correr la caza en las florestas vecinas. ¡Oh, cómo temblaban los pobres indios cuando los caballos de D. Alvar, corrían por el bosque, porque muchas veces, á falta de ciervos, los castellanos disparaban sus arcabuces sobre los esclavos que trabajaban en las sementeras. D. Alvar era muy malo, más perverso y más cruel que el mismo demonio! Su alma se veía asomar en sus ojos siniestramente negros como sus crímenes y sus rencores. . . . Todos aborrecían á D. Alvar y todos le temían.

IV.

Llegó el día de los difuntos, el día solemne en que la iglesia y los mortales, sin excepción, se acuerdan de los que no existen, el día de las oraciones y las reminiscencias, en el cual los indios cristianizados observaban por costumbre y observan aun ciertas prácticas, en las que su espíritu supersticioso mezcló los mitos de la religión de sus padres con las enseñanzas del catolicismo.

Llegó el día de los muertos y en todos los pueblos, haciendas y mayorazgos, los indios obtuvieron permiso para no trabajar y dedicarse á ejercicios piadosos; todos los esclavos fueron á oír misa en sus parroquias respectivas, y después á dedicarse en secreto á las ceremonias en honor

de los manes de sus antepasados; todos, menos los siervos de D. Alvar Sánchez. El feroz encomendero no quiso perder un día del trabajo que le aprovechaba y ordenó al capataz que condujese al tormento al infeliz que no quisiera trabajar en aquel día, sagrado para los indios apenas cristianos, é indiferente para el perverso hijo de la católica España. ¡Ah! pero el corazón de éste era muy duro para contentarse sólo con ésto! Después, como para completar su despótica burla á las creencias de sus sirvientes, ordenó para aquella noche un espléndido festín, en el cual, dijo, vería si las ánimas benditas le impedían beber hasta el fondo de sus barriles de Oporto y saborear sin remordimiento los ricos manjares que poblarían su mesa. Y una veintena de amigos de la calaña de su anfitrión, llegaron al anochecer á la casa de D. Alvar, que los esperaba para dar principio á la orgía, en un regio salón, adornado de flores y resplandeciente de luces, en el cual estaba preparado el opíparo banquete. El festín comenzó.

Y en tanto, entre las sombras de la noche, desfilaban por enfrente de la casa principal, los indios que, jadeantes y sudorosos, volvían del trabajo. Uno á uno fueron retirándose á gozar del exiguo descanso que se les daba, con la frente abatida, tristes y preocupados por el abandono de sus prácticas anuales, lleno el espíritu de supersticioso terror.

Después de que todos se alejaron, el silencio y las tinieblas de aquella noche sepulcral envolvieron como en una fúnebre mortaja el adusto caserón del encomendero, cuyas ventanas abiertas parecían las bocas de un infierno, y de las cuales salían las carcajadas de los comensales, profanando el silencio augusto de la lúgubre selva.

Y un indio que se atrasó en seguir á sus compañeros, llegó á su vivienda azorado y temeroso, contando cómo al volver la vista en dirección á la casa del encomendero, había contemplado muchos bultos blancos que siniestramente vagaban al rededor de los almenados muros.

V.

El banquete llegó al colmo de la alegría

—¡Que brinde Sánchez! ¡Que nos diga un brindis nuevo D. Alvar!" gritaban ebrios los convidados.

El encomendero se irguió con la copa en la mano, chispeantes los ojos y sonriendo sarcásticamente.

—¡Vive Dios! dijo. ¿Queréis un brindis nuevo? ¡Pues bien, vaciaré mi copa en honor de alguien por quien es bien difícil que se haya brindado nunca. ¡Compañeros, por las almas del purgatorio!....

Una carcajada estruendosa, delirante, satánica, estremeció trágicamente el espacio Después, nada se escuchó, ni

una palabra, como si todos los comensales se hubieran muerto.

Afuera en tanto, la brisa nocturna lloraba entre los árboles tristemente, y allá en el interior de sus miserables chozas, los siervos de D. Alvar dormían, soñando en suplicios y terrores, viendo en sueños tal vez la faz altiva del ceñudo encomendero.

VI.

Amaneció. Y es fama que cuando los primeros trabajadores llegaron á la casa principal, se estremecieron de espanto al ver en la sala del convite, en torno de la mesa llena de flores, de vasos y botellas, muchos esqueletos humanos, en alto los descarnados brazos, sosteniendo cada uno su copa rebosante de Valdepeñas, rojo como la sangre, y con las mandíbulas desnudas, siniestramente contraídas en una mueca espantosa de sarcasmo

VII

La casa se abandonó desde este día y los aterrados indios se alejaron para siempre de aquel lugar funesto. Entonces, la señorial morada del rico encomendero, abandonada en medio de los bosques, fué arruinándose poco á poco, sepultando entre sus escombros los restos maldecidos de D. Alvar y sus secuaces que habían profanado el día santo de los muertos.

Y desde entonces cuando llega la media noche de ese día, se oye de nuevo el estruendo del festín que entre las ruinas de la casa celebran cada año las almas en pena del encomendero y sus sacrílegos convidados.

IX.

¿Será cierta la relación del viejo manuscrito? No lo sé. Pero puedo deciros que desde entonces me parecen todas las ruinas mucho más lúgubres y más tristes . . .



FLOR DE SANGRE.

I.

La hora fatal, predicha hacía mucho tiempo en las páginas de los *anahtées* sagrados, donde con mano convulsa escribieran sus profecías los *chilames*, había llegado. Los hombres de blanca tez habían venido de allá, de muy lejos, en sus buques maravillosos, llevando por delante un signo extraño que llamaban la Cruz y esparciendo en derredor la muerte con sus armas terribles que lanzaban el rayo, á conquistar la tierra de que fueron los mayas únicos señores.

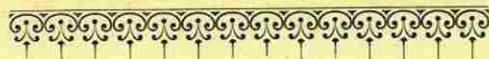
Y gobernaba entonces en Sotuta, Nachi-Cocom, el cacique indomable, el de voluntad recia como el pedernal de las hachas, de corazón de fuego en que se agitaban las pasiones y bullía el orgullo retador jamás humillado por el miedo ó la vergüenza.

Y cuando vinieron presurosos sus espías de las costas de *Cuzamil* y oyó la tremenda noticia de la llegada de los hijos del Sol, el cacique sintió que la san-

Y desde entonces cuando llega la media noche de ese día, se oye de nuevo el estruendo del festín que entre las ruinas de la casa celebran cada año las almas en pena del encomendero y sus sacrílegos convidados.

IX.

¿Será cierta la relación del viejo manuscrito? No lo sé. Pero puedo decirles que desde entonces me parecen todas las ruinas mucho más lúgubres y más tristes.



FLOR DE SANGRE.

I.

La hora fatal, predicha hacía mucho tiempo en las páginas de los *anahtées* sagrados, donde con mano convulsa escribieran sus profecías los *chilames*, había llegado. Los hombres de blanca tez habían venido de allá, de muy lejos, en sus buques maravillosos, llevando por delante un signo extraño que llamaban la Cruz y esparciendo en derredor la muerte con sus armas terribles que lanzaban el rayo, á conquistar la tierra de que fueron los mayas únicos señores.

Y gobernaba entonces en Sotuta, Nachi-Cocom, el cacique indomable, el de voluntad recia como el pedernal de las hachas, de corazón de fuego en que se agitaban las pasiones y bullía el orgullo retador jamás humillado por el miedo ó la vergüenza.

Y cuando vinieron presurosos sus espías de las costas de *Cuzamil* y oyó la tremenda noticia de la llegada de los hijos del Sol, el cacique sintió que la san-

gre ardía en sus venas, su corazón se estremeció con la rabia del tigre, y un odio inmenso, mortal, brotó en el fondo de su alma.

Y ese odio dormitó allí, pronto siempre á despertarse.

II.

Un día se acercó á Cocom el jefe supremo de sus ejércitos.

«Poderoso señor, díjole el guerrero, los dioses nos abandonan. Los dioses de los mayas han dado la ciudad sagrada de Baklumchaan á los extranjeros de rostro pálido. Sus estandartes ondean ya en lo alto de las pirámides de Thoó. Y han profanado nuestros templos con sus plantas impuras y han derramado la sangre de nuestros hermanos. La tierra y los cielos te piden venganza ¡oh gran cacique! Recuerda que nuestras flechas están prontas á dispararse, y piensa que á una señal tuya, cientos de miles de guerreros blandirán sus lanzas contra el invasor.

¿Han de ser nuestros señores los hombres de Oriente?»

Nachi-Cocom se irguió, brilló en sus ojos el relámpago de la cólera, y luego:

—«Por fin, exclamó: los dioses lo han permitido. Pues bien, si los dioses protejen á los blancos, lucharé contra los dioses. Y si el sol su padre les da la victoria, los guerreros mayas lanzarán sus flechas con-

tra el Sol. Congréguese del Poniente al Levante y del Norte al Mediodía todos los hombres capaces de empuñar el arco ó de manejar la honda. Y resuenen los cantos guerreros y retumbe el grito de combate. Marchemos á la venganza, que estoy sediento de la sangre maldita de los hijos del Sol!»

Así habló el cacique, y del Este al Oeste y del Sur al Septentrión, no hubo un solo guerrero que no volase á formar en las filas del ejército que iba á combatir por su libertad.

III.

Aquella noche, Nachi-Cocom no pudo conciliar el sueño.

Era una noche oscura, tenebrosa. El cielo, encapotado, ocultaba las estrellas, y en el seno de las nubes el trueno rugía amenazador. El fiero *xamancaan*, el viento del Norte, bramaba azotando con furia los troncos de los árboles; la tormenta se preparaba. El ciervo, tímido, se ocultó temblando en la espesura, huyó el gavilán á su escondite y el tigre aulló de rabia, guareciéndose en su madriguera! ¡Noche terrible!

En vano quiso dormir el señor de Sotuta. Una idea fija se agitaba en su cerebro, cruel, obstinada, privándole del reposo. Al cabo hizo llamar á sus consejeros.

“Oid, les dijo: la duda me atormenta y la ansiedad ruge en mi pecho como ahí fuera la borrasca. ¿Alguno de vosotros sería capaz de llevar la tranquilidad á mi espíritu? ¡Decidlo!

Entonces un adivino, un anciano de arrugado rostro, que conocía grandes secretos, se acercó á Nachi-Cocom y le dijo en voz baja:

“¡Oh, señor mío, yo conozco el remedio de tu mal! Escucha: Ahora es de noche y se desencadena la tormenta. Los tallos del *xhail* se doblan al soplo del vendabal. El *xhail* es la flor de los misterios. Si miraras al fondo de su cáliz, ¡oh, cacique! en esta noche de tempestad en que no brilla la luna, allí verías el porvenir y la duda se ahuyentaría de tu corazón!”

—Traedme en seguida la flor de los misterios, la campanula azul, exclamó el cacique radiante de júbilo; traédmela! Id á arrancar la primera que encontréis!” Y todos los presentes, sin temer la furia del huracán, se lanzaron fuera del palacio.

Y pronto un sacerdote presentó á Cocom la flor de *xhail*, con sus pétalos azules, cintilantes de menudas gotas de lluvia. Febrilmente la tomó el cacique, y á través del *saastun* mágico, el antejo de los sortilegios, clavó sus ojos chispeantes de anhelo en el cáliz de la misteriosa flor....

Y los pétalos de la *xhail*, de color de cielo, se tiñeron con el rojo purpúreo de la sangre!

Cocom palideció.

IV.

Murieron asesinados los mensajeros de paz, los enviados de Tutul-Xiu, el señor de Maní, en aras de la cólera de Nachi-Cocom. Y sedientos de venganza, ebrios de furia, los ejércitos de Cocom y de Cupul se lanzaron sobre T-hoó.

La batalla fué sangrienta, terrible. Era el último y supremo esfuerzo que hacía una raza para decidir su suerte, para arrancar la tierra de sus mayores á los que habían tomado posesión de ella en nombre de su Rey, para salvar su libertad ó hundirse para siempre!

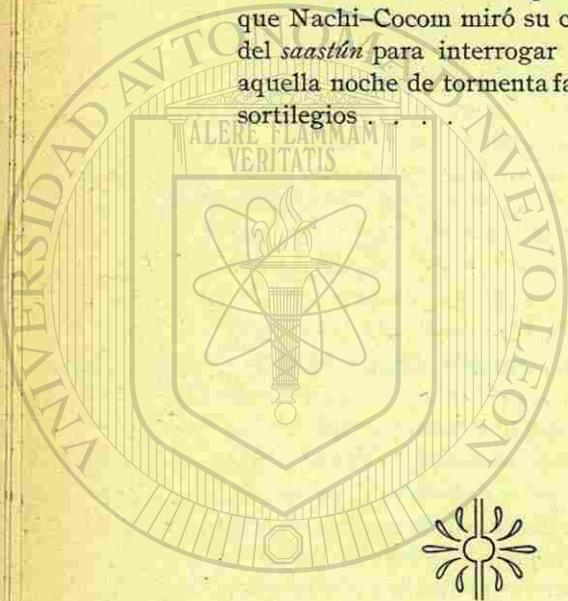
Por eso la batalla de T-hoó fué tremenda, encarnizada.

Aquel día, en que midieran sus fuerzas por última vez el invadido y el invasor, la península se estremeció hasta sus cimientos. Opuso el maya su heroísmo al valor castellano, lanzó atrevido su azagaya á las bocas de los cañones y presentó su pecho desnudo al arcabuz del hispano de acerada cota . . .

Pero había llegado el día en que un nuevo pueblo se abriese paso en la Historia á través de las ruinas del antiguo, y una civilización traída de muchas leguas allende el Océano iba á reemplazar á la civilización maya. Y los guerreros de Cocom sucumbieron ante los soldados de Montejo!

¡La raza de los mayas había caído para no volver á levantarse!

Y es fama que anunciando la catástrofe se enrojció la corola azul del *xhail*, la flor de los misterios, aquella noche en que Nachi-Cocom miró su cáliz á través del *saastún* para interrogar el porvenir, aquella noche de tormenta favorable á los sortilegios . . .



La gruta de Xtacumbilxunan

Al Sr. D. Carlos Gutiérrez Mac-Gregor.

I.

Campeche, antigua ciudad,
guarnecida de murallas
contra ataques é incursiones
de corsarios y piratas,
sobre la orilla del mar
tristemente reclinada,
semeja una golondrina
de grises y abiertas alas,
que refrenando su vuelo
reposa sobre la playa.

Allí, al cadencioso arrullo
que la dan las olas mansas,
fué la reina de la costa
desde edades muy lejanas.

Allí los gobernadores
antaño desembarcaban,
y fué puerto muy seguro
y bien defendida plaza,
donde echaban con sosiego
mercantes buques el ancla.
Allí un extraño suceso,

que como conseja rancia
refieren hoy á sus hijos
los viejos de la comarca,
tuvo lugar, según dicen
los que la historia relatan,
cuando el gran Felipe cuarto
era rey de las Españas.

II.

Las sombras de noche oscura
se extienden ya sobre el puerto,
y en las calles y las casas
todo es quietud y silencio.
El rumor del oleaje
se escucha sólo á lo lejos.
Todo parece dormido,
todo parece que ha muerto! . . .
Pero no; porque hay alguno
que no ha conciliado el sueño.
En una celda sombría
del franciscano convento,
sentado en un taburete
junto á una mesa de cedro,
á la luz de una bujía
que lentamente va ardiendo,
un fraile de treinta años,
pálida faz, torvo el ceño,
mira con rara atención
lo que escrito está en un pliego,
que restruja y que desdobla
y vuelve á doblar de nuevo.
Su semblante está intranquilo,
sus ojos, como de fuego,
tienen algo en la mirada

de pavoroso y siniestro,
y se levanta y se agita
y á sentarse vuelve luego;
su mano toma el papel
y torna otra vez á leerlo,
hasta que al fin se incorpora
y exclama con ronco acento:
“¡Suceda pues! . . . Y si el hado
me persigue duro y fiero,
si matar no han conseguido
ni los muros de un convento,
ni aqueste burdo sayal
con que aprisiono mi cuerpo,
aquel amor que aun alienta,
como un volcán, en mi pecho,
si olvidarla no he podido
por más que anhelaba hacerlo,
ni son la ausencia, el rigor,
suficientes para ello,
si hasta en la tumba he de amar
maldecido del Eterno,
¡que venga la dicha, venga,
tan sólo por un momento!
¡Disfrute yo de sus goces,
y después... ¡venga el infierno!”
Retumbaron sus palabras
con sordos, extraños ecos,
y vacilante y convulso
salió fuera del convento.

Sobre la mesa, el papel
quedó extendido y abierto,
dejando ver estas frases
como un aviso funesto:

—“Fernán, si con ansia loca
me adoras como hace tiempo,
si vive en tu corazón
palpitante mi recuerdo,
para los dos todavía
la dicha existe. Un convento
no es obstáculo imposible
para un amor como el nuestro!
Fernán, para ser dichosos,
se nos abre el universo!
Después de cantar maitines
¡junto á la verja te espero!”

Y cuando el astro del día
lanzó sus rayos primeros,
dos jinetes se alejaban
más presurosos que el viento.
El uno, una dama era,
el otro era un caballero.
Cruzaron campos y montes,
pasaron villas y pueblos,
buscando para habitar
algún lejano desierto,
do no hubiese de los hombres
rastros alguno ni recuerdo.
Siempre anhelantes de dicha
¡pero siempre, siempre huyendo!
Caminaron mucho, mucho,
por noches y días enteros,
hasta que al fin, ya rendidos,
agobiados y sedientos,
llegaron do había una gruta
abierta en el mismo suelo,
cuyas paredes lanzaban

brillantísimos reflejos.
Sostenido por pilares
de piedra estaba su techo;
cintilantes se veían
como miles de luceros,
y una fuente, tersa y pura,
brillaba como un espejo.
Atónitos se quedaron
tanta maravilla viendo,
hasta que, el fraile por fin,
de gran alborozo lleno,
--Beatriz, exclamó, este sitio
de nuestro viaje es el término!
¿Qué podremos anhelar
aquí, donde siempre lejos
de las gentes, un palacio
tendrá nuestro amor inmenso?
¿No ves? La Naturaleza
nos brinda un lugar más bello
que las más ricas moradas
que los hombres construyeron!
¡Solos por siempre, Beatriz,
aquí felices seremos!”
Y el fraile audaz se lanzó
sin vacilar hacia adentro.
Siguióle su compañera
con paso inseguro y lento . . .
. . . Parecíale aquella gruta
tan hermosa hace un momento,
oscuro y lúgubre abismo,
horrible como un infierno;
cada columna un demonio,
cada pilar un espectro.
El agua límpida y pura
parecíole inmundo cieno . . .

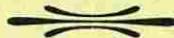
Y allá en las profundidades
de la gruta, un ángel negro
cruzó, á la mujer mirando
con sus pupilas de fuego.

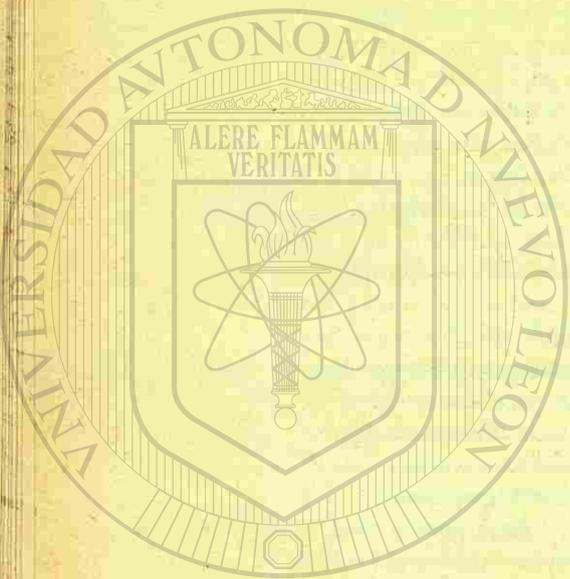
.....
Vinieron á su memoria
como en tropel los recuerdos,
vaciló su débil planta,
sintió crispase sus nervios,
y de sudor gruesas gotas
por sus mejillas corrieron.
Miró su delito enorme,
miró su crimen tremendo!
El grito de su conciencia
amenazador y fiero,
sintió que vibraba entonces
en su ofuscado cerebro,
¡y entonces sintió en su alma
nacer el remordimiento!
Sintió horror hacia la vida . . .
y la ira temió del cielo!
Y loca, desesperada,
quiso huir... ¡Ya no era tiempo!
Y una fuerza misteriosa
precipitóla hacia adentro.

.....
Fernán se acerca hasta el agua,
Beatriz le sigue muy quedo . . .
Humedecer los dos quieren
en ella sus labios secos,
cuando retumba de pronto
terrible, espantoso trueno,
que hace temblar á la gruta
en sus profundos cimientos! . . .

Y los perjuros amantes
al punto se convirtieron
en dos estátuas de piedra,
que en su solemne silencio
publican la triste historia
de un amor y un sacrilegio!

.....
Pasaron después los días,
pasaron los años luego,
y allí, á la margen del agua,
por siempre permanecieron,
de la justicia de Dios
dando á los hombres ejemplo.
Abre sus fauces la gruta
de Bolonchén no muy lejos,
y dos estátuas de piedra
allí contempla el viajero.
Representa la una un fraile
con sus hábitos cubierto,
y la otra dicen que tiene
el traje de monja puesto.
A aquel recinto penetran
los campesinos con miedo;
«Xtacumbilxunan» le llaman
con religioso respeto,
y cuentan que por las noches
se oyen salir de su seno
gritos, ayes y alaridos,
que en el nocturno silencio
repite el vecino bosque,
con tristes, lúgubres ecos.





LA CRUZ DEL ATRIO.

A D. José Gamboa Guzmán.

I.

Tranquila Mérida duerme
en las sombras, recatada,
de una noche de Febrero,
oscura, lluviosa y larga.
En la naciente Colonia
que orgullosa se levanta
donde antes se irguiera altiva
la gran ciudad de los mayas,
todo es quietud y silencio,
no turba el reposo nada.
Duerme el noble encomendero
en suave y lujosa cama,
soñando en sus encomiendas
y en, rico, volver á España;
duerme la virgen criolla
con la dueña que la guarda,
y duermen también los indios
en sus viviendas lejanas.
Parece un gran cementerio

lleno de paz y de calma
la Mérida leal y noble
que los Montejo fundaran.

II.

Allá, en frente de la iglesia
que de Jesús es llamada,
y que aun hoy, mudo testigo
de crímenes y de hazañas,
de glorias y de bajezas
sus viejos muros levanta,
hubo un caserón sombrío
que, sobre su altiva entrada,
como blasón de nobleza
mostraba un escudo de armas.
En esa casa vivía
desde que vino de España
el adusto encomendero
D. Diego López de Almanza,
hidalgo de rica cuna,
que mandó muchas mesnadas
en Roma, en Milán, en Flandes,
en Florencia y Alemania.
D. Diego vino tan sólo
con su esposa Doña Blanca . . .
Él, hidalgo, noble y rico,
pero la cabeza cana;
¡ella hermosa y aún sintiendo
la primavera en el alma!

Siempre dichosos vivieron
D. Diego y su Doña Blanca.
Pere ¡ah! desde cierto día

que llegó en una fragata
un guapo doncel, alférez
del ejército de España;
desde que el joven soldado
pisó yucatecas playas,
y en Mérida algunos días
y en Valladolid semanas,
estuvo con los lanceros
de la tropa que mandaba,
sucedió ¡extraño accidente!
¡casualidad harto rara!
que D. Diego está intranquilo,
se vuelve su faz huraña,
y pasa noches y días
sin abandonar su casa,
y, como flor en capullo
que azota con furia insana
el vendabal, poco á poco
palidece Doña Blanca!

III.

Las sombras todo lo envuelven
con su fúnebre mortaja;
se extienden por el espacio
inmensas nubes opacas
que los relámpagos surcan
fingiéndose sierpes de plata,
y anuncia el rugir del trueno
quo se acerca la borrasca.
Es media noche, A tal punto
de la sombría morada
de D. Diego López se abre
la puerta, y cual un fantasma
un embozado, en silencio,

fuera del portal se lanza
y desaparece en las sombras
del atrio, que enfrente se halla.
Un momento se detiene,
y con inquieta mirada
busca un rincón y se oculta
entre las frondosas ramas
que nacen, junto á la iglesia,
de un grupo de "limonarias."

—
¿Qué busca á esa hora D. Diego
por la calle? ¿A quién aguarda?
¡Sabe Dios! . . .

En las profundas
tinieblas la vista clava,
como el tigre, cuando acecha
la presa para sus garras,
y tiembla su recia mano
en el puño de la espada!
. . . Pavor no le infunde el trueno
ni la tempestad le espanta,
que tormentas más horribles
siente rugir en el alma,
y en el seguro escondite
como una fiera en su jaula,
alerta mirando siempre
D. Diego López aguarda.

—
Las agoreras lechuzas
en el campanario graznan . . .
Caminando poco á poco
cual si de alguien recelara,
un hombre con gran cautela

entre las sombras avanza . . .
Al verle D. Diego, siente
que de ira su pecho estalla,
y coléricos fulguran
sus ojos como dos llamas!
Su férrea mano se crispa
en el puño de la espada . . .
mas se contiene, y al punto
como antes, mira y aguarda.
Cuando llega el embozado
junto á la última ventana
de la que habita D. Diego,
antigua y noble morada,
se ve salir á la reja
un rostro, que es de una dama,
y el viento trajo al oído
de López, estas palabras:
—“¡Es imposible, Luis, vete;
vete, vete, Luis del alma,
que teñir juró D. Diego
con sangre tuya su daga!”—
—“¡Vive Cristo! ¿Y qué me importa
que jure D. Diego, Blanca,
si llevo sangre en las venas
y al cinto llevo una espada!
Aquí estaré como siempre
en tanto despunte el alba!”
—“No es posible, Núñez, vete,
por la virgen sacrosanta!
Escucha . . . no sé que siento
que me hace creer que me engaña
D. Diego, y que aquesta noche
no se ausentó . . . Cuando hablaba
antes de salir, sus ojos
tenían una luz extraña,

como el fuego de una hoguera,
como el filo de una espada,
que penetró hasta mis huesos
y hasta el fondo de mi alma! . . .
D. Diego, Luis, no ha partido,
y te tiende una emboscada!
¡Vete, vete, no pretendas
perder tu vida y mi fama!
¡Vete, Núñez, tengo miedo! . . .
¿Oyes? ¡la lechuza grazna! . . .
Y si mañana no partes
y quieres verme mañana,
al pie de la Cruz del atrio
espérame cuando salga!"
Cerróse al punto el postigo
y dentro quedó la dama.
Entonces el embozado
calóse mejor su capa,
y se alejó, muy de prisa
en dirección á la plaza;
mas no solo, que á lo lejos,
cual silencioso fantasma,
siguióle una sombra y era
D. Diego López de Almanza.

IV.

La lluvia arrecia y con furia
sopla cortante la racha,
ahogando el débil ruido
que producen las pisadas
de dos hombres que caminan,
dando el uno al otro caza . . .
De Catedral ya la acera
el que va primero gana

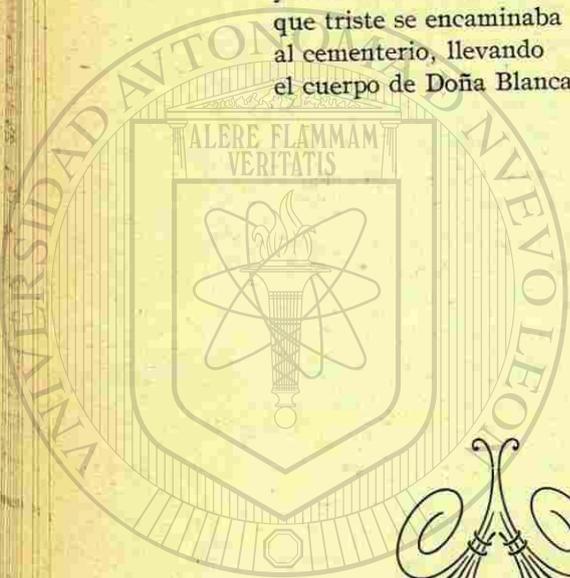
y al llegar ante la Cruz,
hecha de piedra labrada,
que en una esquina del atrio
alzó la piedad cristiana,
se vuelve, como que escucha
que alguien viene á sus espaldas . . .
siente una mano en el cuello
que le oprime y le atenaza,
y oye una voz que retumba
entre aullido y carcajada:
"Aquí, ¿no es verdad? te dijo,
villano, que la esperarás!"
. . . En tanto, brilla un acero
de hoja limpia y toledana,
se oye un ¡ay! sordo y horrible
y un suspiro . . . después, nada . . .
.

Arriba, en las altas torres,
del viento silba la racha;
las agoreras lechuzas
en el campanario graznan,
y hosco el semblante y altivo,
envueito en su negra capa,
penetra con paso firme
por el portal de su casa,
el adusto encomendero
Don Diego López de Almanza.

V.

Cuentan crónicas añejas,
que cuando despuntó el alba

del día siguiente, sus rayos
dos escenas alumbraban:
un hombre bañado en sangre
junto á una Cruz y una daga,
y un enlutado cortejo
que triste se encaminaba
al cementerio, llevando
el cuerpo de Doña Blanca . . .



NACHI-COCOM.

Al Dr. D. Luis F. Urcelay.

¡Vengo á cantarte, desvalida estirpe,
inerte raza de esforzado anhelo,
que supiste morir, alta la frente,
la fe en el alma y en el labio el reto,
como mueren altivos los leopardos
de tus vírgenes bosques opulentos,
y como muere el mar sobre tus playas,
lanzando espumas á la faz del cielo!
Tú, que mirando libres á las aves
y contemplando libres á los vientos,
aprendiste á querer la autonomía
de tus llanos salvajes y tus cerros
y á amar la libertad, siempre inviolada,
de tu horizonte inmenso,
no pudiste jamás, ante el oprobio,
doblar sumiso el inflexible cuello,
ni bajar con rubores la mejilla,
ni llevar la vergüenza dentro el pecho!
Por eso, cuando viste amenazada
bajo el yugo fatal del extranjero
tu más cara ilusión, tu alma, tu vida,
tu libertad, brotaron en tu pecho
rencores inauditos, y al combate

Y es su cabello blondo como el astro
que sale á la mañana,
y llevan en su traje resplandores
y el fuego de los cielos en sus armas!"

Así dijeron al cacique altivo
de la indomable lanza,
los enviados que rápidos vinieron
de allá, de *Cuzamil*, la isla sagrada!...

Y cuando hirió el oído del cacique
noticia tan extraña,
se irguió solemnemente, alzó la diestra,
miró á los cielos y empuñó su lanza!

¡Oh, cuán bello el cacique!... En la
(sombria
quietud de su mirada,
relampagueó el furor, como fulgura
en la noche rojiza llamarada!

Y erguido y silencioso, como el roble
que reta á la borrasca,
condensaba en su ser todo el instinto
noble y siniestro de su heroica raza!

II.

Los viejos sacerdotes, los *Chilames*
de la estirpe más alta,
los que saben decir de lo futuro
y predicen las cosas más lejanas,
abrieron los sagrados *anahteés*
de los grandes profetas de los mayas!

"... Escucha, ¡oh, gran señor! dijo un
(anciano

de vacilante planta;
yo sé lo que se oculta en el misterio
insondable y oscuro del mañana;

yo he bebido los filtros hechizados
que de noche preparan
los brujos de las selvas, y he sabido
grandes cosas de todos ignoradas!

Muchos soles cayeron ya en mi frente
oscura y arrugada,
y miré muchos años que se fueron
como las aves que volando pasan!...

Era muy niño aun, pero recuerdo
lo que todos contaban...
¡Hubo un gran sacerdote, un gran profeta
que enseñó muchas cosas á los mayas!

Y dicen que el profeta—¡oh, gran ca-
(cique!—
predijo la llegada
de aquellos extranjeros misteriosos
de rubia cabellera y frente blanca;

y anunciaba también que eran los hijos
de una tribu lejana,
que habría de dominar en algún tiempo
la tierra independiente de los mayas!...

Escúchame, señor: si los augurios
no temes y en tu alma
jamás el miedo entró, ¿por qué vacilas?
¿en dónde está el honor de nuestra raza?

Y si el tremendo anuncio del profeta
á su término avanza,

¿habrá de sucumbir, llena de oprobio,
la nación orgullosa de los mayas?"

El cacique sintió que por su cuerpo
pasó una llamarada
que enardeció su espíritu, y entonces
su voz potente resonó en la estancia:

"Si el viejo augurio del Chilam se cum-
(ple,
¡oh, dioses de mi raza!
veréis la muerte de las tribus todas
pero traerá la muerte la venganza!"

Y era la tarde ya. Tras de los montes
el astro se ocultaba,
y su postrera luz vió por el rostro
del cacique, rodar ardiente lágrima;

y aquel llanto, el primero de aquel
(hombre,
cayó en la tierra maya
y ensangrentó la tierra... ¡cuántas veces
sangre habrás de llorar, vencida raza!

III.

La catástrofe fué... La gran derrota
las pirámides vieron
de la grandiosa T-hó, do el estandarte
de la Cruz y el León flotaba al viento!

En la armadura férrea del hispano
se hincaron con denuedo
los dientes y las uñas del salvaje
que anhelaba morir, matando á un tiempo!

Hundieron en el polvo del combate
su frente los guerreros,
y la noche envolvió con sus negruras
armas sangrientas y hacinados cuerpos!

Y una raza cayó, triste y vencida,
mirando hacia los cielos...
¡Sobre su frente se escribió con sangre
la sentencia maldita de los Tiempos!

IV.

La catástrofe fué... Tendió la noche
su manto de misterio;
en los campos durmiéronse las flores
y entre las frondas recostóse el viento.

¡Mirad! Bajo el ramaje, en la sombría
quietud y en el silencio,
hay algo que se agita y á su paso
hace sonar las hojas.

Un guerrero.

de frente enrojecida y coronada
de plumas, como el viento
va, quebrando al pasar las ramas nuevas
y hollando la hojarasca por el suelo.

Empuña vigoroso fuerte lanza
y en su pintado cuerpo
se ven manchas de sangre... ¿acaso vuelve
del campo de combate aquel guerrero...?

¡Mirad! Vertiginoso ya es su paso...
Los troncos corpulentos
parece que se apartan porque pueda
pasar altivo su marcial plumero!

¿A dónde va aquel hombre? ¿En la ba-
(talla
acaso sintió miedo?
¿huye quizás buscando algún refugio
para ocultarse sin temor ni riesgo?

¡Jamás! Porque es Cocom, es el cacique
de voluntad de hierro,
que va febril, buscando por los montes
para su lanza sangre de extranjeros!

Jamás dobló su frente indomeñable
en el combate recio,
y se estrelló su flecha de obsidiana
en las corazas de brillante acero.

Mas el desastre fué... ¡Bebió la sangre
de los hispanos pechos
en los cascos que en medio de la lucha
bajo su maza de *jabín* cayeron;

pero al fin, cuando hirió desesperado
al último extranjero
que contempló ante sí, sintió en su alma
sed inmensa de sangre, y fué corriendo

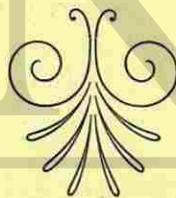
á través de los bosques adormidos
en sepulcral silencio,
creyendo ver en la indistinta sombra
hojas de lanzas y brillantes petos!

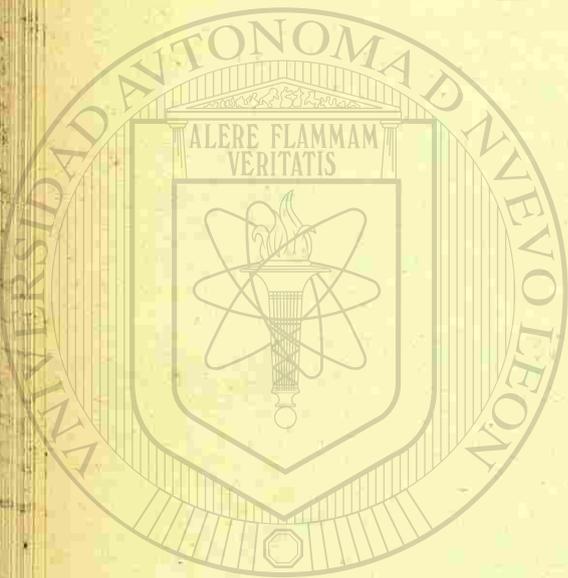
V.

¿Cuánto tiempo vagó, vibrante el alma,
el pujante guerrero?
Muchas noches pasaron, muchos días,
y él continuaba sin cesar corriendo

á través de los bosques inviolados,
donde gimen los vientos,
do jamás se imprimió la huella humana
ni su hogar los salvajes encendieron!

Así siguió el cacique, vagabundo,
sin ruta, sin sendero,
empuñando su lanza en sangre tinta,
y sueltos á los aires sus cabellos!





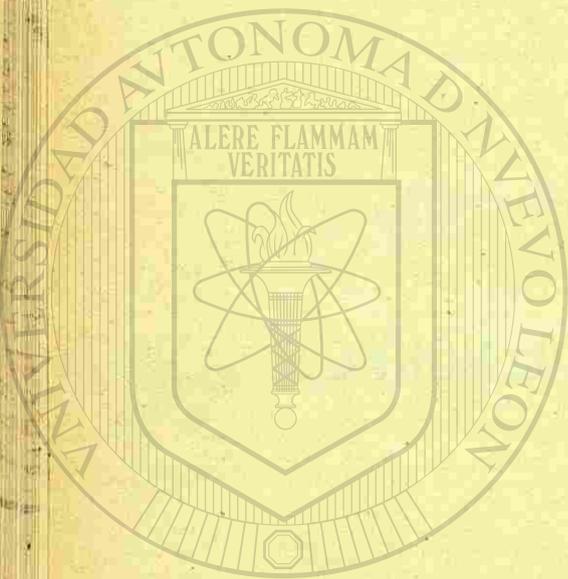
ALGO DE VERSOS.

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Ante una panoplia.

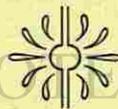
¡Oh hierros que en las épicas porfías
cubristeis á adalides ignorados!
¡Manejo de vetustos y olvidados
testigos de epopeyas de otros días!

Evocáis no sé qué melancolías,
cascos y arneses en la lid honrados,
tizonas que blandieron los Cruzados,
y lanzas que mellaron las gumías!

Vuestra muda altivez, nobles aceros,
nos habla de esforzados caballeros
de corazón sin mácula y sin dolo,
y al veros, en el alma se despierta
un recuerdo que dice que sóis sólo
¡el epitafio de la gloria muerta!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Una libélula besó tus labios...

Para una soñadora.

Era una aurora diáfana y tibia,
la más hermosa de aquel verano . . .
En el estanque sobrenadaban
los relucientes pétalos blancos
de crisantemas y margaritas
que por la noche se deshojaron . . .
Sobre las aguas limpias y tersas,
bajo las frondas de los naranjos
se deslizaba tu barquichuelo;
y sonreías . . . porque á tu lado
remaba Silfo, tu rubio paje,
tu paje rubio y enamorado.
En el armonium de los follajes
rimaba alegros el viento alado
y despertaban lasavecillas,
y en el follaje de los naranjos
cantaban himnos al sol naciente
que entre las hojas vertía sus rayos.
Y era una aurora diáfana y tibia
la más hermosa de aquel verano.

Tú sonreías, cuando un insecto,
una libélula, vino girando;
pasó mil veces sobre tus rizos
y al fin posóse sobre tus labios . . .

Sentiste el roce de sus antenas,
y diste un grito; . . . se encarinaron
como dos pomas tus dos mejillas.
Y Silfo entonces . . .

Al poco rato
tú sonreías, Silfo remaba,
y tus sonrisas eran mirando
al pajecillo, que aún tenía
una libélula entre sus labios . . .



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Nupcial.

La noche de bodas . . .
¡qué azul, qué radiante,
qué llena de astros! . . .
Y allí, junto al ara,
cubierta de flores,
de nieves y espumas,
estaba la novia . . .
¡qué bella y qué blanca!

El templo era entonces
como un paraíso;
el órgano angélicas
notas cantaba,
y unciosos y castos
los cirios ardían
envueltos en nubes
de mirra aromada.

La novia ¡qué blanca! . . .
¡gran flor de blancura! . . .
su velo era un río
de nítida escarcha
brotando en su frente
de albura infinita,
sobre sus mejillas
de rosa y de nácar!

Vibraban los ecos
de un himno de amores
triunfantes, llenando
las bóvedas santas,
y había por el aire
no sé qué armonías
que tiernas y dulces
llegaban al alma . . .

Más puros radiaron
los pálidos cirios;
perfume de nardos
al cielo se alzaba,
y bajo su velo
de tules, la novia
sintió sus mejillas
teñirse de grana.

Porque era el momento
sublime, la hora
de hacer la solemne
promesa sagrada,
y arriba, en el cielo,
Jehová bendecía

la unión para siempre
de aquellas dos almas . . .

Después . . . se murieron
las notas del órgano,
murieron los cirios
también, y ante el ara
ya no hubo azahares,
perfumes ni lirios . . .
el novio y la novia
gentil se alejaban.

Y en tanto que alegre
marchaba el cortejo
siguiendo á los novios,
sentí una nostalgia
de amores inmensos,
pensé en mis tristezas,
en flores marchitas
y en cosas pasadas . . .

¡Oh, noche de bodas! . . .
¡qué azul, qué radiante! . . .

Soñé con mujeres
vestidas de escarcha,
con nubes de incienso,
perfumes y cirios . . .

Los viejos amores
besaron mi alma . . .

Grepúsculos peninsulares.

(En Isla Piedras.)

Al Lic. Delio Moreno Cantón.

AMANECE.

El cielo viste al despertar ligeras
túnicas níveas, que después violento
rasga el sol, como en un florecimiento
de luz que se derrama en las riberas.

El pescador entona sus playeras
de monótono son, dúlcido y lento,
y en la risueña costa dan al viento
su festón de esmeralda las palmeras.

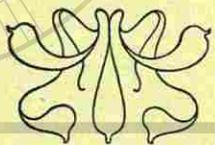
El lagarto despiértase en la ría
anhelando el calor del nuevo día;
se tiñe de polícromos matices
la onda, que besa matutina bruma,
y del viejo manglar en las raíces
desfleca el agua su cendal de espuma!

ANOCHECE.

Inmenso llano de fundida plata
semeja el mar que yace adormecido;
la noche en el espacio entristecido
su cabellera fúnebre desata.

En las aguas tranquilas se retrata
una garza gentil que torna al nido;
y se envuelve al morir el sol vencido
en su clámide regia de escarlata.

Sopla la brisa, susurrante y fresca,
vuelve la barca que salió á la pesca,
y allá, tras el islote retirado,
surge la luna entre enlutados velos,
como un diamante colosal clavado
en el oscuro dombo de los cielos.

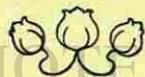


La Ciénaga.

Cual un inmenso paño ceniciento
se extiende la sabana silenciosa;
tan sólo, como triste y misteriosa
canción, entre los mangles gime el viento.

Rasga á veces el amplio firmamento
nivea garza que asciende luminosa,
bañada por el sol, mientras reposa
la tierra en soporoso abatimiento.

Denso vapor que surge del pantano
forma nubes de gasa en el lejano
horizonte, que apenas se divisa,
y, bajo el arco de ruinoso puente,
en su lecho de fango, lentamente
el estero cansado se desliza.



Romántica.

Nadie sabe por qué llora
la princesa encantadora
de las pupilas de mar . . .
Nadie sabe en el castillo
por qué ha oscurecido el brillo
de sus ojos el pesar.

Pálida está la princesa,
muy pálida y de tristeza
parece que ha de morir! . . .
Y pasa noches y días
en hondas melancolías
y en incesante sufrir.

Huyó la rosa nevada
de su frente acariciada
por efímera ilusión,
y dicen que la enfermita
siente cómo le palpita
demasiado el corazón.

¿Acaso los desengaños
ya nublan sus quince años
con amargura sin par? . . .

Nadie sabe en el castillo
por qué ha oscurecido el brillo
de sus ojos el pesar . . .

Un valiente caballero
luciendo gentil plumero,
sobre su brioso corcel,
acertó á mirar un día
su hermosura y gallardía,
por un calado ajimez.

Y partió de aquella tierra
acaso á lejana guerra
el caballero gentil . . .
Desde entonces la princesa
languidece de tristeza
como si fuera á morir.

Sueña á veces con los ojos
que le causaron sonrojos
cuando al mancebo miró,
y piensa en el gran plumero
que llevaba el caballero
por encima del morrión.

Y cuentan viejas historias
de aquellos tiempos de glorias
de blasones y de prez,
que de pronto volvió un día
al pie de la celosía,
sin el ginete, el corcel.

Y diz que la princesita
con la frente ya marchita

y muy pálida la tez,
miró llegar el caballo
tan ligero como un rayo
de su ventana hasta el pie . . .

—
¿Qué tiene la princesita?
¿Por qué en su seno se agita
palpitante el corazón?
¡Murió el gentil caballero
herido por un acero
que el pecho le atravesó!

—
Murió también la princesa . . .
¿Murió acaso de tristeza?
¿Qué pesar oscureció
de sus miradas el brillo?
. . . ¡Nadie sabe en el castillo
cómo se muere de amor!

Carnaval.

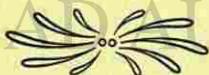
Agitando sus tirso de húmedas flores
se acercan las bacantes en raudo coro,
y llegan en confuso tropel sonoro
del placer los festivos adoradores.

En un fondo de luces y de colores
Colombina desata sus trenzas de oro,
y derrama sus rizos sobre el tesoro
de sus hombros desnudos y tentadores.

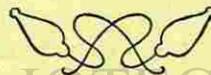
¡Las copas de Bohemia brindan sus mieles;
resuenan bulliciosos los cascabeles
pregonando las glorias de la alegría,

y ostentando grotesco su vestidura,
Arlequín aparece, rey de la orgía,
entre el himno triunfante de la Locura!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



y muy pálida la tez,
miró llegar el caballo
tan ligero como un rayo
de su ventana hasta el pie . . .

—
¿Qué tiene la princesita?
¿Por qué en su seno se agita
palpitante el corazón?
¡Murió el gentil caballero
herido por un acero
que el pecho le atravesó!

—
Murió también la princesa . . .
¿Murió acaso de tristeza?
¿Qué pesar oscureció
de sus miradas el brillo?
. . . ¡Nadie sabe en el castillo
cómo se muere de amor!

Carnaval.

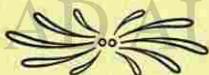
Agitando sus tirso de húmedas flores
se acercan las bacantes en raudo coro,
y llegan en confuso tropel sonoro
del placer los festivos adoradores.

En un fondo de luces y de colores
Colombina desata sus trenzas de oro,
y derrama sus rizos sobre el tesoro
de sus hombros desnudos y tentadores.

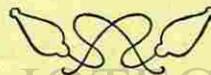
¡Las copas de Bohemia brindan sus mieles;
resuenan bulliciosos los cascabeles
pregonando las glorias de la alegría,

y ostentando grotesco su vestidura,
Arlequín aparece, rey de la orgía,
entre el himno triunfante de la Locura!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Plenilunio.

“Es sólo un ensueño,
un ensueño blanco
que duerme” . . .

Una noche en que ardían los luceros
y la luna gentil fulguraba,
entonaron los genios del bosque
una tierna, muy dulce balada;
y contaron bellísimas cosas
de una selva, una selva fantástica,
donde habitan tan sólo las ninfas
y los duendes, los gnomos, las hadas,
que protegen el cándido sueño
de una virgen muy bella y muy blanca,
de una virgen que lánguida duerme
sobre un lecho de mirtos y acacias
á la orilla de un lago, que besa
con sus ondas azules sus plantas.
Fué una virgen que amó de la luna
los suavísimos rayos de plata,
adoró los nenúfares blancos
cuando brotan sonriendo en el agua,
y amó todas las níveas blancuras
de los lirios,—blancuras de alma.—
Fué una virgen de núbiles sueños,
que en las noches de luna vagaba
por los claros del bosque, y pedía
á los rayos de luz la besaran,

que besaran sus rubios cabellos
y su frente muy tersa y muy pálida...
Y así fué que una noche de estío,
una noche de luna muy blanca,
se durmió para siempre en su lecho
de jazmines, de nardos y acacias,
entreviendo esplendores y alburas
y soñando con nieves y escarchas!
Y allí está... y es que piensa en las flores,
en los lirios, las flores del alma.

Y tejiendo con blancos jazmines
ondulantes y frescas guirnaldas,
una noche contaron los genios
esta historia tan triste y extraña.



Para una princesa.

I.

Señora: los troveros de tiempos medio-
(evales
dijérante al oído muy dulces madrigales,
y oyeras el reclamo de amor de los donceles
que al pie de tu castillo cantaran sus ron-
(deles,
y tuvieran canciones para tus negros ojos
y ensalzaran tus labios, como la sangre
(rojos!
¡Tus labios, más purpúreos que fresas y
(granadas!
¡Tus ojos, que con sólo la luz de sus mira-
(das
hicieran que cruzasen sus filos los aceros
de nobles adalides y bravos caballeros!

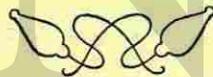
II.

Vengo de los países remotos del ensueño
y turbo con las notas de mi laúd tu sueño,
tu sueño de alma virgen, gentil y enamo-
(rada,
y canto de tus ojos la fúlgida mirada
y el carmín de tus labios, como la sangre
(rojos,

—la gloria de tus labios, la gloria de tus
(ojos,—
de tu alma sin mancha la mística pureza,
la floración sublime de toda tu belleza!

* * *

Y sigo mi camino en busca de ideales.
Perdón si no he sabido decirte madrigales!



Capricho.

Para Loló.

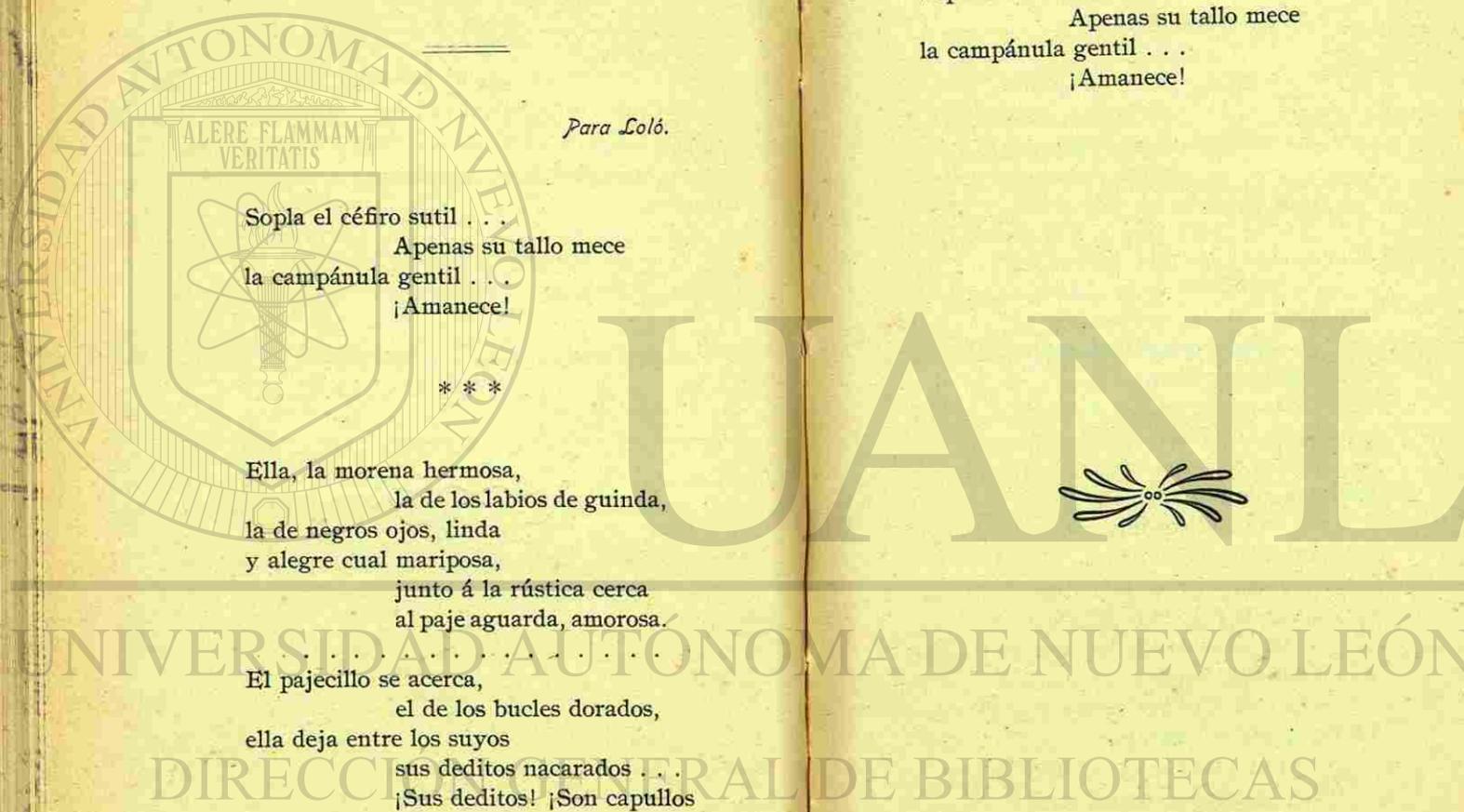
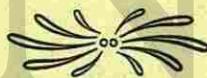
Sopla el céfiro sutil . . .
 Apenas su tallo mece
 la campánula gentil . . .
 ¡Amanece!

* * *

Ella, la morena hermosa,
 la de los labios de guinda,
 la de negros ojos, linda
 y alegre cual mariposa,
 junto á la rústica cerca
 al paje aguarda, amorosa.
 El pajecillo se acerca,
 el de los bucles dorados,
 ella deja entre los suyos
 sus deditos nacarados . . .
 ¡Sus deditos! ¡Son capullos
 que están todavía cerrados!
 Amor en los ojos brilla . . .
 Ella entrega su mejilla

y allí el paje—¡qué traviesó!—
 cual húmeda florecilla
 deja un beso!

Sopla el céfiro sutil . . .
 Apenas su tallo mece
 la campánula gentil . . .
 ¡Amanece!



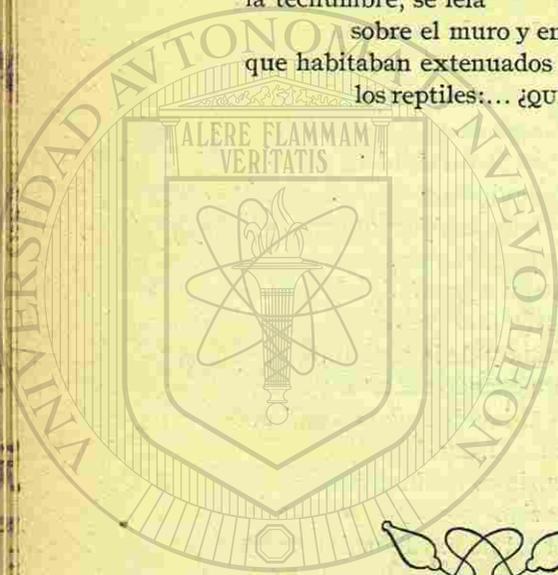
Alma.

Para Amado Villa F.

Sumergido en las profundas
soledades de la alquimia,
contemplando los crisoles
donde el fuego disgregaba
de metales y alcaloides
las moléculas, y piras
do holocaustos á la ciencia
los carbonos ofrendaban,
meditando en insondables,
enigmáticos misterios,
en las criptas donde moran,
laborando los atómicos
elementos que palpitan
en las masas de los cuerpos,
de la Nada los extraños
geniecillos verdi-rojos,
vi á un amigo del secreto,
á un amante de lo oculto,
que formaba con las cifras
de los cósmicos problemas
cabalísticos renglones
en el gris y viejo muro,

donde, hambrientos, asomaban
los reptiles sus cabezas.
—Preguntéle: ¿Qué consultas
á las sombras, hombre sabio?
¿Qué le pides al ignoto?
¡No me ocultes tus secretos!
¿Reverbera en tus retortas
el objeto de un ensayo?
¿O investigas incansable
la virtud de un amuleto?
—Y me dijo el alquimista:
“¿Por ventura saber quieres
lo que absorbe mis esfuerzos,
lo que causa mis fatigas?
Yo analizo el torbellino
de la vida y de la muerte;
qué es el hombre cuando nace,
qué es el hombre cuando espira.
Ahora, escúchame, mancebo,
que, curioso, me interrogas:
para mí desconocido
bajo el sol no existe nada;
la materia sus residuos
ha dejado en mis retortas.
Sólo queda á mis estudios
un objeto, y es . . . ¡el alma!”
Y los ojos penetrantes
del científico, brillaron
con reflejos purpurinos,
como chispas de un incendio.
. . . Y alejéme de aquel hombre
lentamente y meditando
en el mágico principio
que la vida da á los cuerpos . . .
.....

. . . Y pasaron muchos años.
Cuando ví el laboratorio
del anciano sacerdote
de la ciencia, ya arruinada
la techumbre, se leía
sobre el muro y entre escombros
que habitaban extenuados
los reptiles: . . . ¿QUÉ ES EL ALMA?



Conozco un viejo ensueño . . .

Conozco un viejo ensueño que á visitar-
(me viene
de noche, cuando brilla la luna y cuando
(tiene
su luz más tenuidades, y vagan por las
(flores
alados geniecillos que llevan los amores
á virginales pechos de núbiles doncellas
que tristes se durmieron mirando á las
(estrellas.
Conozco un viejo ensueño
muy viejo y muy risueño,
que viene de países lejanos, donde asoma
más bella la alborada sus alas de paloma,
que viene de la patria que vió la prima-
(vera
de mis azules años, los de mi edad primera!
Mi ensueño es un viajero
que viene lisonjero
de rutas que conozco, de tierras que he
(pisado,
del país muy remoto donde quizás he ama-
(do!
Y el viejo peregrino
me cuenta el matutino
frescor de las caricias de los claveles rojos
á blancas margaritas que fingen los enojos

de exóticos pudores
—¡sonrojos de las flores!—
Me cuenta los lejanos fulgores de los días
que tienen nostalgías
de extrañas claridades; y apasionados be-

(sos
que dan entre el follaje los sátiros traviosos
á ninfas soñadoras,
que llevan las auroras
más claras en sus ojos
y tienen unos labios muy húmedos y rojos.

De noche viene á verme mi amigo el va-
(go ensueño;
despacio, muy despacio, risueño, muy ri-
(sueño,
penetra hasta mi alma y todas sus caricias
derrama sobre ella, diciendo las delicias
de noches estivales

y de ojos siderales
que brillan bajo el dombo luciente de los
(cielos
cual brillan en el alma perennes los anhelos!

Y luego que la noche
recoge entre su broche
los pliegues de sus sombras y se aproxi-
(ma el día,
se va del alma mía
mi amigo el vago ensueño de mágicos

(países
envueltos ya en la bruma de mis recuer-
(dos grises,
en donde no prodigan su hiel los desenga-
(ños,
donde brilló la luna de mis azules años!

Quauthemoc.

A Luis Rosado Vega.

Sobre un cielo que crepúsculos
sangrientos inundaron
y ostentando su plumaje
de siniestras tintas rojas,
se destaca como el mote
de un escudo empurpurado
la gran águila que cae,
las altivas alas rotas.

En un valle, junto á un lago
que parece que se ha muerto,
por lo inmóvil de sus aguas
que los vientos ya no rizan,
ruge un león de gran melena,
entre sangre y entre fuego
y semejan sus rugidos
muy extrañas ironías.

Corazones invencibles
se destrozán en las luchas,
prodigando sangre noble
por sus muertos ideales,
y perversos corazones
que resguardan armaduras
sólo alientan al impulso
de malditas ansiedades.

Y en los aires sube lento
como un cántico de gloria
que no apagan los rugidos
del león de gran melena,
y entre el humo que se pierde
de un combate, surgen rojas
las torcidas llamaradas
devorantes de una hoguera.

—
Allí ensaña sus maldades
el caudillo de albo rostro,
y un monarca, que es emblema
de la raza que agoniza,
pregonando hazaña enorme
hace ver cómo un tesoro
vale menos que una patria
y un honor y una hidalguía!

—
Desde entonces, sobre un cielo
de sangrientos arreboles
y ostentando su plumaje
de siniestras tintas rojas,
se destaca, de un escudo
purpurado como el mote,
la gran águila que cae,
las altivas alas rotas!



SIGNIFICACION

DE LAS

PALABRAS MAYAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- ANAHTÉES.—Libros sagrados de los mayas, escritos en la corteza de ciertos árboles, en algún modo semejante al *papyrus*.
- BATAB.—Cacique. Rey de una provincia, jefe de una tribu.
- CUZAMIL.—Cozumel. Isla célebre por sus santuarios, á que acudían millares de peregrinos.
- CHILAMES.—Sacerdotes-agoreros. Adivinos. Profetas.
- CHIMAY.—Arbol notable por la dureza de su tronco. No se ha clasificado hasta hoy.
- CHUCUM.—Arbol que florece por el fin del verano. Sus flores son blancas y tienen un perfume suave y agradable. Es una leguminosa.
- COPÓ.—Álamo. *Ficus rubiginosa*. Morea.
- CHACAH.—Arbol esbelto y erguido, muy común en los altos bosques.
- JABÍN.—Arbol de madera recia. *Piscidia cartagenensis*. Leguminosa.
- ITZMAL.—Izamal.
- T-HÓ.—Antigua ciudad maya, que ocupaba el lugar de la actual Mérida.
- TZUTZUY.—Paloma salvaje.
- ULMIL.—Léase ULIL. Príncipe maya.
- XHAIL.—Enredadera que da unas hermosas flores azules, abiertas en forma de copa. Es una convolvulácea; su nombre botánico es: *Pharbitis hispida*.
- XTACUMBILXUNAN.—Señora escondida.
- YOK-HÁ-EK.—Estrella sobre el agua.
- YAXCHÉ.—Ceibo. (Ceiba). *Eriodendrum anfractuosum*. Bombácea.
- YAAXCAN.—Serpiente verde.

Y en los aires sube lento
como un cántico de gloria
que no apagan los rugidos
del león de gran melena,
y entre el humo que se pierde
de un combate, surgen rojas
las torcidas llamaradas
devorantes de una hoguera.

—
Allí ensaña sus maldades
el caudillo de albo rostro,
y un monarca, que es emblema
de la raza que agoniza,
pregonando hazaña enorme
hace ver cómo un tesoro
vale menos que una patria
y un honor y una hidalguía!

—
Desde entonces, sobre un cielo
de sangrientos arreboles
y ostentando su plumaje
de siniestras tintas rojas,
se destaca, de un escudo
purpurado como el mote,
la gran águila que cae,
las altivas alas rotas!

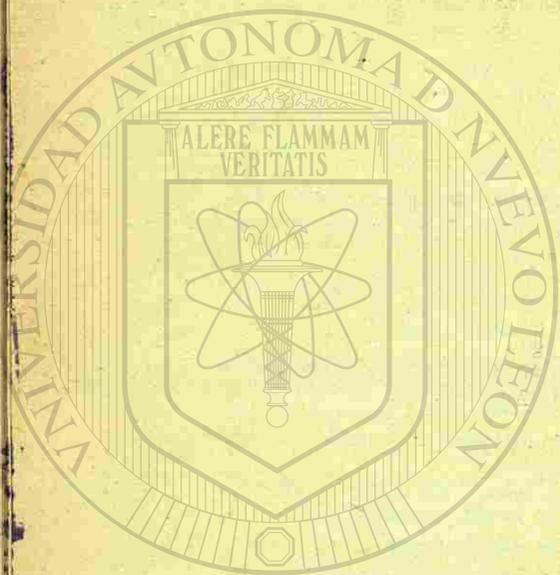


SIGNIFICACION

DE LAS

PALABRAS MAYAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- ANAHTÉES.—Libros sagrados de los mayas, escritos en la corteza de ciertos árboles, en algún modo semejante al *papyrus*.
- BATAB.—Cacique. Rey de una provincia, jefe de una tribu.
- CUZAMIL.—Cozumel. Isla célebre por sus santuarios, á que acudían millares de peregrinos.
- CHILAMES.—Sacerdotes-agoreros. Adivinos. Profetas.
- CHIMAY.—Arbol notable por la dureza de su tronco. No se ha clasificado hasta hoy.
- CHUCUM.—Arbol que florece por el fin del verano. Sus flores son blancas y tienen un perfume suave y agradable. Es una leguminosa.
- COPÓ.—Álamo. *Ficus rubiginosa*. Morea.
- CHACAH.—Arbol esbelto y erguido, muy común en los altos bosques.
- JABÍN.—Arbol de madera recia. *Piscidia cartagenensis*. Leguminosa.
- ITZMAL.—Izamal.
- T-HÓ.—Antigua ciudad maya, que ocupaba el lugar de la actual Mérida.
- TZUTZUY.—Paloma salvaje.
- ULMIL.—Léase ULIL. Príncipe maya.
- XHAIL.—Enredadera que da unas hermosas flores azules, abiertas en forma de copa. Es una convolvulácea; su nombre botánico es: *Pharbitis hispida*.
- XTACUMBILXUNAN.—Señora escondida.
- YOK-HÁ-EK.—Estrella sobre el agua.
- YAXCHÉ.—Ceibo. (Ceiba). *Eriodendrum anfractuosum*. Bombácea.
- YAAXCAN.—Serpiente verde.



ÍNDICE.

Proemio VII

LEYENDAS YUCATECAS.

Los Kates de Uaymil	I
Kinich-Kakmó	7
Nouich	14
La caverna del tigre negro	21
Lágrima de fuego	31
Los últimos días de Chichén	37
El brindis de D. Alvar	45
Flor de sangre	53
La gruta de Xtacumbilxunan	59
La Cruz del atrio	67
Nachi-Cocom	75

ALGO DE VERSOS.

Ante una panoplia	87
Una libélula besó tus labios	88
Nupcial	90
Crepúsculos peninsulares	93
La Ciénaga	95
Romántica	96
Carnaval	99
Plenilunio	100
Para una princesa	102
Capricho	104
Alma	106
Conozco un viejo ensueño	109
Cuauhtemoc	111
Significación de las palabras mayas contenidas en este tomo	113



UA

DAD AUTÓNOMA DE

CIÓN GENERAL DE B

